

Boletín oficial del



Arzobispado de Burgos

Arzobispado
de Burgos



Tomo 157 – Núm. 9
Septiembre 2015

Tomo 157 – Núm. 9

Septiembre 2015

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Dirección y Administración
RESIDENCIA ARZOBISPAL

El Arzobispo

Homilía



I

SOLEMNIDAD DE LA SUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

(Catedral, 15-8-2015)

El día 1 de noviembre de 1950, el Papa Pío XII pronunciaba estas solemnes palabras: “Proclamamos, declaramos y definimos que es dogma de fe divinamente revelado que la Inmaculada Madre de Dios, la siempre Virgen María, completado el curso terreno de su vida, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial”.

Se hacía así realidad el sueño del entero pueblo de Dios que venía confesando y celebrando este misterio desde hacía muchos siglos. De hecho, el Papa, más que basado en textos concretos y específicos de tipo bíblico, patristico, litúrgico o iconográfico, confirmaba las diversas indicaciones contenidas en la tradición de la Iglesia y la fe universal de los fieles.

¿Qué es lo que declaraba el Papa como dogma de fe y que, por tanto, ha de ser creído como verdad revelada por Dios? La segunda lectura que hemos proclamado hace un momento nos lo aclara. En virtud del pecado original entró el pecado en el mundo y con el pecado la muerte. Ese pecado y esa muerte alcanzaron a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, porque todos descendemos de nuestros primeros padres Adán y Eva. Por eso, todos los hombres nacemos con el pecado y todos morimos. Nadie es ni será nunca inmortal.

Pero Dios tuvo misericordia de nosotros y envió un segundo Adán, Jesucristo, el cual destruyó el pecado y venció a la muerte para él y para nosotros. Porque “si por un hombre vino la muerte, por otro hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida”. Todos moriremos, pero todos volveremos a la vida. Esto acontecerá al final del mundo, cuando Cristo haga resurgir de la tierra a los muertos y les devuelva la vida. En ese momento, los cuerpos se revestirán de vida y gloria y así permanecerán para siempre.

La Santísima Virgen no ha tenido que esperar a este último día para que su cuerpo sea glorificado y contemple el rostro de Dios en el Cielo.

Tenía que ser así, porque Ella está unida misteriosamente a Jesucristo en su misión de salvador y redentor, en su gloria, en su muerte y en su victoria sobre el pecado. Su misión de madre de Dios y de aliada generosa con el divino Redentor, sus privilegios de Inmaculada y de siempre Virgen, entendidos en su globalidad como principios de unión con Cristo, hacen que María no sólo se viera inmune de la corrupción del sepulcro sino que alcanzase la victoria plena sobre la muerte. Es decir, que fuera elevada en alma y cuerpo a la gloria del Cielo y allí resplandezca como reina, al lado de su Hijo.

La Asunción representa para María la coronación de toda su misión y de sus privilegios y la exalta por encima de todos los seres creados. Pero no es una coronación *pasiva* de la misión y de los privilegios marianos; es la etapa final de un largo camino, responsable y comprometido, de la maternidad y del servicio de cooperación de María al lado del Salvador.

María asunta al cielo en cuerpo y alma es imagen y comienzo de la Iglesia en su caminar por este mundo. Con ella ha comenzado ya la realidad que un día alcanzará la Iglesia. En ella se da la imagen perfecta de lo que

será la Iglesia de la edad futura. También la Iglesia del final de los tiempos será –como María asunta– revestida del sol, coronada de estrellas y exaltada en el más alto grado. María, en efecto, no está por encima ni fuera de la Iglesia. Al contrario, es su miembro más eminente y la Iglesia comienza con ella y alcanza en ella su perfección. Lo que en María ya ha tenido cumplimiento, lo tendrá también en la Iglesia.

Al decir en la Iglesia estoy diciendo en todos nosotros. Porque nosotros –en virtud del santo bautismo– somos miembros de la Iglesia; menos importantes y eminentes que María pero no menos miembros que ella. De modo que lo que en ella ya ha tenido cumplimiento, lo tendrá también en nosotros. *Nosotros seremos un día plenamente glorificados*. No lo seremos sólo en el alma, en el espíritu, sino también en nuestro cuerpo, en la totalidad de lo que somos. María asunta nos está diciendo que nuestro destino no está en la tierra sino en el cielo. Esta tierra es el camino que hemos de recorrer, no la meta de nuestra existencia. Nuestra meta es el Cielo.

Hay que preguntarnos hoy si nuestro trabajo, nuestras aspiraciones, el ideal de nuestra vida, la razón de ser de nuestro existir están orientados al Cielo o a otros paraísos que el demonio se encarga de presentarnos como verdaderos pero que, en realidad, no son más que un descamino y un engaño.

La Asunción nos da una segunda lección. Al subir al cielo en cuerpo y alma, María *no se desentiende* de la Iglesia y de cada uno de nosotros. Porque toda su función maternal y su cooperación con Cristo está en función de la Iglesia. En el Cielo está intercediendo por nosotros, que somos sus hijos. Ella no contempla indiferente nuestros problemas, nuestras luchas, nuestros dolores. Dejaría de ser madre si lo hiciera. Por eso, la Asunción nos enseña que ahora puede ayudarnos más que cuando estaba en la tierra, porque está más cerca de Dios y está plenamente glorificada. Llenémonos de esperanza y de confianza. Y, si estamos pasando una especial dificultad, acudamos a ella como verdaderos hijos que la necesitamos.

Hoy es, por tanto, un día grande para María y para nosotros. Para María, porque es el día de su plena glorificación. Para nosotros, porque en la Asunción tenemos la prenda, el adelanto y la certeza de lo que un día seremos nosotros, si pisamos en las huellas que ella nos dejó marcadas con su vida. Y, porque sabemos que, pase lo que pase, nuestra Madre está al lado de Dios en Cielo intercediendo amorosamente por nosotros.



II

FIESTA DE SAN BERNARDO

(Cistercienses de San Bernardo, 20-8-2015)

Celebramos la fiesta de san Bernardo, el hombre más importante del siglo XII en Europa. Nace en 1090, en una familia acomodada, es el tercer hijo de 7 hermanos. Su madre, muy inteligente y virtuosa, hizo que recibiera una excelente formación en la cultura clásica y en la vida cristiana. Tuvo un primer periodo de vida frívola y mundana. Pero las amistades del mundo le dejaban vacío y lleno de hastío.

Cuando tenía unos veinte años entró en el Cister, una fundación monástica entonces nueva, más ágil que los antiguos monasterios y, a la vez, más rigurosa en la práctica de los consejos evangélicos. Cuando contaba con 25 años, fue enviado por san Esteban, tercer abad del Cister, a fundar el monasterio de Claraval. Considerando la disciplina de otros monasterios, Bernardo reclamó la necesidad de una vida sobria y austera, tanto en la comida como en los hábitos y edificios monásticos y recomendó el cuidado y sustentación de los pobres.

Bernardo fue un gran defensor de la ortodoxia católica frente a la herejía de los Cátaros. Escribió también muchos Sermones, entre los cuales destacan los del Cantar de los Cantares. Entre sus tratados merece mencionarse un libro que dirigió a su discípulo Bernardo Pignatelli, nombrado Papa con el nombre de Eugenio II. Es un libro que le dirige para aconsejarle en el ejercicio del Papado.

El más profundo deseo de san Bernardo era permanecer en su convento, dedicado a la oración y a la meditación. Sin embargo, el Papa, los obispos y los gobernantes le pidieron constantemente que fuera a ayudarles y, pese a una salud sumamente débil, recorrió toda Europa, poniendo paz donde había guerras, deteniendo las herejías y corrigiendo errores.

Los aspectos más centrales de la doctrina de san Bernardo se refieren a Jesucristo y a su Santísima Madre, la Virgen María. Reclama a los teólogos para ser verdaderamente tales que sean contemplativos y místicos. Pero es conocido, en particular, como el gran enamorado de la Santísima Virgen. En un célebre sermón sobre la Asunción, cantó en términos apasionados la participación de María en el sacrificio redentor de su Hijo:

“¡Oh Madre Santa –exclama–: una espada ha traspasado verdaderamente tu alma! La violencia del dolor ha traspasado tu alma hasta tal

extremo, que con toda razón podemos llamarte más que mártir, porque en Ti la pasión del Hijo superó con mucho en su intensidad los sufrimientos físicos del martirio”.

San Bernardo ha pasado a la historia de la Iglesia como el gran enamorado de la Virgen. A él se deben las últimas invocaciones de la Salve: «oh clementísimima, oh piadosa, oh dulce Virgen María». Como también la oración del «Acordaos» que siguen rezando millones de personas.

Queridos hermanos: san Bernardo no es una figura del pasado sino que sigue teniendo una vigente actualidad. De él hemos de aprender el celo apostólico, necesario en este momento en el que Dios nos convoca a despertar como apóstoles en transmitir la fe. Vosotras, queridas hermanas, vuestra aportación de contemplativas es esencial para que los demás no corramos en vano y sepamos acercar las almas a Jesucristo.

También es ejemplo San Bernardo para los cristianos de hoy en lo que respecta a su devoción a la Virgen. Los cristianos de Burgos hemos de crecer en el amor y devoción a María. La novena a Nuestra Patrona Santa María la Mayor ha de ser una cita importante para todo burgalés. La devoción a María es un escudo de protección y defensa del gran don de nuestra fe.

Os repito con san Bernardo: Mira a la Estrella de la nueva evangelización: invoca a María. Mira a la Madre de la Esperanza: invoca a María. Mirémosla con plena confianza, pues jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a su protección, implorando su auxilio y reclamando su socorro, haya sido desamparado.



Mensajes

I

LAS VACACIONES, TIEMPO DE DESCANSO Y DE GRACIA

(Cope,5-7-2015)

Después de un invierno no muy severo pero largo, nos parecía que el sol se había ausentado de nuestras tierras castellanas. Pero ha vuelto y con fuerza, recordándonos que ha llegado el verano y con él el tiempo en que podamos tomarnos unos días de vacaciones o de descanso. De hecho, desde ahora hasta finales de agosto, la gente que trabaja en las fábricas, en los comercios, en la administración o el cualquier tipo de trabajo remunerado, disfruta un periodo de vacaciones. Ante esta eventualidad, tan oportuna y hasta necesaria quizás no esté de más preguntarnos cómo vamos a emplearlas. Digo esto, porque la prensa de estos días ha dado cuenta de sucesos muy dolorosos, acaecidos en días de vacaciones, que hemos de tratar evitar.

Me parece que hemos de empezar valorando la importancia que las vacaciones tienen en nuestra vida moderna. En efecto, la vida actual imprime un ritmo de trabajo intenso y continuado. En no pocos casos, estresante. Por eso, es una conquista y un logro social que la Administración y las empresas den a sus empleados unos días remunerados de descanso, o que los autónomos se los concedan a sí mismos. Bienvenidos sean. ¡Ojalá que un día todos puedan disfrutarlos!

Sin embargo, no basta con disponer unos días para descansar. Es necesario saber descansar. De hecho, no es infrecuente que al final de las vacaciones haya muchos que están más cansados que cuando las comenzaron. ¿Qué hacer para descansar?

Un modo muy bueno es aprender a mirar a la naturaleza. Contemplar el cielo en una noche estrellada, disfrutar un amanecer en el campo o en la playa, contemplar la variedad y riqueza de la fauna y de la flora, observar el comportamiento de los animales domésticos y salvajes, etc. etc., nos relaja y hasta puede ayudarnos a descubrir a Dios. Como acaba de recordarnos el papa Francisco en su encíclica “Laudato si”, la creación está ahí no por casualidad sino porque Dios la ha llamado a la existencia y ha derramado sobre ella su sabiduría, poder y belleza. El hombre moderno necesita, más que el de otras épocas, descubrir las maravillas de la creación.

Un buen libro de literatura, historia, arte o poesía; una obra de teatro, una película o un concierto pueden ser también un buen instrumento para descansar. No es imprescindible que sean religiosos. Lo importante es que sean de calidad y no causen perjuicio a nuestras convicciones y comportamiento morales. De todos modos, la literatura estrictamente religiosa y el arte en sus vertientes de arquitectura, pintura y escultura ofrecen un conjunto riquísimo y variadísimo de incomparable belleza. ¡Cuántas personas han encontrado a Dios mediante la lectura de un buen libro!

El cultivo de la amistad es otro ingrediente importante para descansar. Y, más en concreto, el cultivo de la propia familia. A lo largo del curso, estamos juntos poco tiempo, hablamos poco con los hijos y los medios técnicos modernos nos llevan a potenciar lo virtual y menospreciar lo real y tangible. Además, las tensiones familiares nunca faltan. ¡Las vacaciones pueden restañar o curar heridas! Pasar tiempo con la mujer y el marido, jugar con los hijos pequeños, preguntar y escuchar a los mayores es una terapia de primerísima calidad.

Los que son creyentes y practicantes pueden encontrar en las vacaciones un tiempo precioso para hacer lo que quizás no han podido hacer durante el resto del año: además de ir a la misa del domingo, hacer un poco de oración personal o en familia, peregrinar a un santuario de la Virgen para encomendarle nuestras necesidades y deseos, y visitar algún enfermo de la familia o anciano que está solo. El consejo del sabio y santo pontífice Benedicto XVI sigue siendo útil: “¡En este verano, no pongáis a Dios de vacaciones. Pensad en rezar y en ir a misa los domingos! Que la Virgen María, modelo del corazón que escucha, nos acompañe en nuestros caminos humanos!”.



II

EL HOSPITAL MÁS CERCANO Y LA PRIMERA ESCUELA

(Cope, 12-7-2015)

El hospital más cercano, la primera escuela, el grupo de referencia de los jóvenes, el mejor asilo para los ancianos, la pequeña iglesia, el espacio donde se aprende a convivir. Esto es lo que el papa Francisco ha dicho sobre la familia, ante un millón de personas en Quito, durante el viaje que ha realizado la última semana.

Es el hospital más cercano, porque cuando uno está enfermo, es ahí donde se le cuida, mientras es posible. Es la primera escuela para los niños, porque es ahí donde se aprende, además de la lengua con la que hablaremos de por vida, el conjunto de valores y virtudes con las que podremos hacer frente a los problemas que nos depare la existencia. Es el grupo de referencia para los jóvenes, porque es ahí donde se descubre y aprende qué es el verdadero amor. Es el mejor asilo para los ancianos –nosotros diríamos la mejor “residencia”– porque en ninguna otra parte se nos trata con el mismo afecto, cordialidad y estima. Es la pequeña iglesia, porque ahí se transmite la fe, se enseña a rezar y se descubre a Dios y a los demás, con la misma naturalidad con la que el agua mana de la fuente. Es el espacio donde se aprende a convivir, porque ahí aprendemos a decir “gracias”, como expresión sincera de que valoramos lo que se nos hace, y a pedir “perdón”, cuando hacemos algún daño o nos peleamos.

Este gran canto a la familia, no es un canto narcisista que ignora los problemas y las dificultades. El Papa sabe que, en tantas ocasiones, a nuestras familias les sucede como a aquella pareja de recién casados en Caná de Galilea. No tienen vino. El vino de la alegría y del amor. “¡Cuántos adolescentes y jóvenes perciben que en sus casas hace rato que ya no hay ese vino. Cuánta mujer sola y entristecida se pregunta cuándo el amor se escurrió de su vida. Cuántos ancianos se sienten alejados de la fiesta de sus familias, arrinconados y sin beber el amor cotidiano de sus hijos y nietos!” Y cuántas familias a las que les falta trabajo, pasan por enfermedades y situaciones problemáticas.

Todo esto está ahí. Forma parte del paisaje de la familia actual. Pero estas sombras no sólo no destruyen su grandeza sino que la resaltan. Sucede lo mismo que cuando una nube cubre momentáneamente el sol de mediodía: sirve para que echemos más en falta su ausencia y lo valoremos más cuando reaparece. Esas sombras sirven también para que “dejemos nues-

tras familias en la manos de Dios, encendiendo la esperanza que nos indica que nuestras preocupaciones son también preocupaciones de Dios”.

Por todo esto, la familia “constituye la gran riqueza social” que otras instituciones no pueden sustituir. Ni el Estado, ni los partidos políticos, ni los sindicatos, ni las instituciones intermedias, ni la Iglesia, ni nadie. Dios ha hecho que la familia sea el cimiento sobre que se levanta el edificio de todas las demás sociedades humanas y el mismo Estado. En consecuencia, cuando el Estado ayuda a la familia no le da “una limosna” sino que cumple con una verdadera “deuda social”. El Estado debe sentirse orgulloso de “ayudar y potenciar” a la familia para que pueda cumplir su misión irremplazable. Cuando el Estado cumple con estas obligaciones realiza un altísimo servicio al bien común y justifica su razón de ser.

El canto del papa Francisco a la familia en Quito concluyó abriendo una gran ventana a la esperanza. Lo dijo con una frase muy bella y en referencia a lo acontecido en la boda de Caná de Galilea: “el mejor de todos los vinos está por ser bebido, lo más lindo, lo más profundo y lo más bello para la familia está por venir”. Ese “vino de gran reserva” que está por venir es éste: “el tiempo donde gustemos el amor cotidiano, donde nuestros hijos redescubran el espacio que compartimos y los mayores estén presentes en el gozo de cada día”.



III

TIERRA, TECHO, TRABAJO

(Cope, 19-7-2015)

El pasado 12 de julio, el Papa concluyó su maratónico viaje apostólico a Ecuador, Bolivia y Paraguay. Se ha notado que estaba en una tierra que conoce bien. Porque ha hablado su mismo lenguaje y de sus mismos problemas. Lo ha hecho en todas partes. Pero con inusitada fuerza y contundencia en el Discurso a los Movimientos Populares en Santa Cruz. Tenía delante, ciertamente, un país concreto. Pero sus palabras valen para el mundo entero. Porque -como el mismo Pontífice ha recordado- los proble-

mas son hoy mundiales y las respuestas no pueden venir sólo de un determinado país. Todos estamos implicados en la marcha de todos.

Me ha parecido que los lectores de esta columna agradecerán que les transcriba algunas ideas de ese memorable Discurso. Pueden ayudarnos a pensar y a no quedarnos cruzados de brazos. Helas aquí:

- 1ª) “Las famosas tres T: tierra, techo y trabajo para todos nuestros hermanos y hermanas. Lo dije y lo repito: son derechos sagrados. Vale la pena, vale la pena luchar por ellos. Que el clamor de los excluidos se escuche en América Latina y en toda la tierra”.
- 2ª) “Se está castigando a la tierra, a los pueblos y las personas de un modo casi salvaje. Y, detrás de tanto dolor, de tanta muerte y destrucción, se huele el tufo de eso que san Basilio de Cesarea llamaba ‘el estiércol del diablo’. Cuando el capital se convierte en ídolo y dirige las opciones de los seres humanos, cuando la avaricia por el dinero tutela todo el sistema socioeconómico, arruina la sociedad, condena al hombre, lo convierte en esclavo, destruye la fraternidad interhumana, enfrenta pueblo contra pueblo y, como vemos, incluso pone en riesgo esta nuestra casa común”.
- 3ª) “A los dirigentes les pido: sean creativos y nunca pierdan el arraigo a lo cercano. Porque el padre de la mentira sabe usurpar palabras nobles, promover modas intelectuales y adoptar poses ideológicas. Pero si ustedes construyen sobre bases sólidas, sobre las necesidades reales y la experiencia viva de sus hermanos, seguramente no se van a equivocar”.
- 4ª) “La Iglesia no puede ni debe ser ajena a este proceso en el anuncio del Evangelio”.
- 5ª) “Ni el Papa ni la Iglesia tienen el monopolio de la interpretación de la realidad social ni la propuesta de soluciones a los problemas contemporáneos. Me atrevería a decir que no existe una receta”.
- 6ª) No obstante, “quisiera proponer tres grandes tareas que requieren el decisivo aporte del conjunto de los movimientos populares: 1) la primera tarea es proponer una economía al servicio de los Pueblos. 2) “La segunda tarea es unir nuestros Pueblos en el camino de la paz y de la justicia”.3) “Y la tercera tarea, tal vez la más importante que debemos asumir hoy, es defender la Madre Tierra. La casa común de todos nosotros está siendo saqueada, devastada, vejada impunemente. Sobre este tema me he expresado debidamente en la Carta encíclica ‘Laudato si’.”.
- 7ª) “Para finalizar, quisiera decirles nuevamente: el futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las

grandes potencias y las élites. Está fundamentalmente en manos de los Pueblos; en su capacidad de organizar y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio. Les acompaño.

Y cada uno digamos juntos desde el corazón: ninguna familia sin vivienda, ningún campesino sin tierra, ningún trabajador sin derechos, ningún pueblo sin soberanía, ninguna persona sin dignidad, ningún niño sin infancia, ningún joven sin posibilidades, ningún anciano sin una venerable vejez”.

En el tono y en el fondo son palabras de profeta. Vale la pena escucharlas.



IV

LOS NIÑOS, LOS GRANDES DAMNIFICADOS

(Cope, 26-7-2015)

Todos tenemos limitaciones, defectos y pecados. Esto lo saben bien las personas con las que convivimos. Especialmente, aquellas con las que pasamos la mayor parte de nuestro tiempo. Esto explica que quien mejor conoce las limitaciones y defectos del marido sea su mujer y viceversa y que los hijos, incluso cuando son pequeños, sean los testigos más cualificados.

Es, pues, completamente normal que haya momentos en los que son ofendidos los sentimientos más profundos. Se dicen palabras, se hacen cosas o se dejan de hacer otras que lejos de expresar el amor que debe existir entre los esposos, lo mortifican y causan heridas.

La experiencia enseña que hay un momento en que estas heridas tienen todavía remedio. Pero, si se descuidan, van a más, se agravan. Incluso puede llegar un momento en que se convierten en desprecio y hostilidad. Las heridas se hacen tan profundas, que dividen al marido y a la mujer y llevan a buscar en otra parte consuelo, comprensión y apoyo. ¿Se piensa en los hijos, sobre todo, si son pequeños, cuando se buscan tales “apoyos”?

El Papa Francisco abordó esta problemática en una de sus últimas catequesis sobre la familia; concretamente el 24 de junio último. Decía el Papa: “A pesar de nuestra sensibilidad, aparentemente avanzada, y de todos nuestros análisis psicológicos refinados, me pregunto si no nos hemos anestesiado también respecto a las heridas en el alma de los niños. Se habla mucho de trastornos del comportamiento, de salud psíquica, de bienestar del niño, de ansiedad de los padres y de los niños. ¿Pero sabemos qué es una herida del alma? ¿Sentimos el peso de la montaña que aplasta el alma de un niño, en las familias en las que se trata mal y se hace mal, hasta romper la fidelidad conyugal? ¿Qué peso tienen nuestras acciones –elecciones a menudo erróneas– en el alma de los niños?”.

Cuando el marido o la mujer pierden la cabeza y sólo piensan en sí mismos, cuando se hacen daño el uno al otro, el alma de los niños sufre mucho y recibe unas heridas que dejan huella para toda la vida. ¡Cuántas lágrimas derraman los niños cuando están a solas! Por eso, habría que reflexionar en serio sobre la dureza del corazón de los padres hacia los niños, a la hora de envenenar las relaciones conyugales.

Cuando las heridas han sido tan grandes que se rompe lo irrompible, es decir, cuando se destruye con los hechos el compromiso adquirido de ser “una sola carne”, no es infrecuente que cada uno de los cónyuges trate de ganarse el afecto de sus hijos con regalos, aprovechándose de su indefensión. Y, en los casos más graves, esta “atracción” del hijo hacia uno de los padres se lleva a cabo denigrando y despreciando al otro. ¡No cometamos este desatino!

A nadie se le oculta que hay casos en los que la separación es inevitable. Más aún, puede ocurrir que sea moralmente necesaria. La Iglesia –que no admite el divorcio– tiene prevista la separación de los cónyuges en determinados supuestos. En estos casos, es muy aconsejable acudir al sacerdote de la propia parroquia o a una persona de buen criterio, formación y conducta para que nos escuche y oriente.

Y ¿cómo proceder cuando se ha consumado la ruptura y se ha buscado una “solución” que no es en realidad una solución? ¿Hay alguien que pueda ayudar? La Iglesia es una buena madre y sale al encuentro de estos hijos suyos con una mirada misericordiosa y compasiva. No tiene autoridad para darles la comunión eucarística. Pero no los echa fuera ni les desprecia. Les brinda el alimento de la Palabra de Dios, la participación en sus obras de caridad, la compañía de otros matrimonios cristianos, la ayuda de los sacerdotes y tantas cosas.



V

COMIENZA LA NOVENA DE NUESTRA PATRONA

(Cope, 2-8-2015)

Agosto está íntimamente vinculado con la Virgen María. No en vano en su mismo centro, exactamente el día 15, se encuentra la fiesta mariana más popular, junto con la de la Inmaculada: la Asunción de Nuestra Señora. Son incontables las iglesias que la tienen como titular y aun mayor es el número de imágenes de los retablos que representan este misterio.

Todo esto tiene especial relieve en Burgos. Porque, además de celebrar la Asunción con particular solemnidad en toda la provincia, en la Catedral va precedida y preparada con una novena en honor de Santa María la Mayor, que es la Patrona tanto de nuestro más emblemático templo como de toda la diócesis. Esta novena ha recibido un especial impulso en los últimos años, gracias al interés desplegado por el Cabildo Catedralicio y a la cooperación de los sacerdotes y fieles de la ciudad. Ello ha hecho posible que todas las parroquias de la ciudad hayan venido un día de la novena a la Catedral a venerar y suplicar a la que es “Reina y Madre de misericordia”.

Este año volveremos nuevamente a los pies de esta Madre para honrarla como buenos hijos a lo largo de toda la novena. Los actos serán los acostumbrados. Todos los días, desde el 7 hasta el final, se rezará el Santo Rosario y la Novena a las 19,00 horas. Seguidamente la Santa Misa. Por último, canto solemne del himno a nuestra Patrona. Los actos tienen lugar en la nave central. Cada día de la Novena un canónigo predicará la homilía y nos ayudará a profundizar en el conocimiento y amor a la Virgen.

Siguiendo la costumbre de los últimos años, la víspera de la Asunción sacaremos en procesión a Santa María la Mayor por las calles adyacentes a la Catedral. Será una oportunidad para dar testimonio público de nuestra fe mariana y brindar a quienes nos vean la posibilidad de reavivar los sentimientos religiosos que laten en su corazón y que pueden estar un poco dormidos. Si los padres y abuelos vienen acompañados de sus hijos y nietos pequeños, realizarán un acto muy sencillo y, a la vez, muy pedagógico, para sembrar en ellos la devoción a la Virgen. A la postre, la devoción que tenemos los mayores hacia María, es fruto de la fe que sembraron nuestros padres y abuelos en nuestras almas. Por eso, invito a todos los padres y abuelos a venir a esta Procesión acompañados de sus hijos y nietos.

Esta invitación tiene este año un motivo añadido. Se trata, en efecto, de intensificar nuestras súplicas a la Virgen a favor del Sínodo de la Familia -que comenzará a principios del próximo octubre- y, a la vez, poner en sus manos el Año Santo de la Misericordia, que comenzará un poco más tarde. Ambas efemérides son de la mayor trascendencia.

En efecto, la familia y el matrimonio que la origina están en la base de la sociedad y de la Iglesia. Una familia y un matrimonio vividos con seriedad y hondura son la mejor garantía de una sociedad sana y progresista. Al contrario, una familia y un matrimonio debilitados son el mejor termómetro para medir una sociedad cuarteada y necesitada de consolidación. A nadie se le oculta que el matrimonio y la familia no están pasando por sus mejores momentos. ¿Qué mejor cosa podemos hacer que ponernos a los pies de la que es la Omnipotencia suplicante y Poderosísima Intercesora para que venga en ayuda de los Pastores de la Iglesia y les haga ver con claridad las decisiones que deben tomar para salvaguardar y potenciar el matrimonio y la familia?

En cuanto al Año de la Misericordia, ¿quién no se siente necesitado de ella y quién no advierte que es la mejor oferta que la Iglesia puede hacer al hombre de hoy?



VI

EL PUEBLO CRISTIANO Y SUS IGLESIAS

(Cope, 9-8-2015)

Durante siglos, los cristianos no tuvimos lugares específicos para nuestras reuniones y celebraciones. San Pablo refiere que un día que tenía que despedirse de una comunidad por él fundada, lo hizo en la playa. Una playa, una casa cedida temporalmente por un cristiano acomodado o un rincón se convertían en una iglesia viviente en la que resonaba la Palabra de Dios y se celebraba una reunión de culto.

La dinámica de las cosas hizo que, a medida que hubo medios y personas suficientes, se construyesen lugares en los que se reunía la comunidad cristiana para celebrar la Eucaristía, el Bautismo u otras acciones sagra-

das. Así surgieron magníficas basílicas, las grandes catedrales románicas y góticas, las iglesias de todos los estilos que llenan nuestros pueblos y ciudades, las ermitas, los santuarios, etc.

Estos edificios, de los que hoy nos gloriamos y disfrutamos, fueron contruidos por el pueblo cristiano. Con mucha frecuencia, alguno de sus miembros más pudientes gastaba toda su hacienda o buena parte de ella; los demás, aportaban su apoyo y su trabajo, y todos su inmensa fe. Porque las catedrales y las iglesias son testimonios elocuentes de fe. Con esos ingredientes no sólo construyeron sino que conservaron y mejoraron sin cesar lo que para ellos era su mejor joya: la iglesia del pueblo o de la parroquia urbana.

Mientras los pueblos estuvieron habitados por comunidades cristianas más o menos numerosas, las iglesias y ermitas pudieron hacer frente a los deterioros y contingencias que iban presentándose. Porque los edificios sagrados no dejan de sufrir los accidentes del tiempo o de la naturaleza, sino que en sus tejados aparecen las mismas goteras que en cualquier otro edificio y en sus paredes se advierten las mismas grietas que en los edificios viejos.

Hoy son muchos los pueblos que están semidespoblados y las comunidades cristianas están reducidas en ellos a su mínima expresión. Eso no quiere decir que se despreocupen de la iglesia del pueblo. Al contrario, con no poca frecuencia se preocupan mucho y sienten un verdadero orgullo de la torre que siempre les ha contemplado desde la veleta y de la iglesia en la que ellos y sus hijos recibieron el bautismo y la primera comunión, contrajeron matrimonio y celebraron el funeral de sus padres y abuelos. Por otra parte, en no pocos de estos pueblos su iglesia es una verdadera obra de arte. A ellos les gustaría conservarla e incluso mejorarla. Pero no pueden.

La diócesis también se encuentra en dificultad. Pensemos que la de Burgos tiene más de mil parroquias, de las cuales muchas son obras de arte. Le gustaría llegar a todas, pero no dispone de medios suficientes. Ni siquiera el Estado, que posee muchos más medios económicos, puede hacer frente al inmenso patrimonio que hay en nuestra diócesis y en las demás diócesis de Castilla y León. Gracias a la colaboración entre la diócesis y las instituciones locales y regionales hemos podido arreglar lo más fundamental de unas quinientas iglesias. Queremos seguir en este camino hasta donde puedan llegar nuestras fuerzas.

Desde hace unos años hemos implantado una colecta durante el verano tendente a recabar fondos que ayuden a hacer frente a las necesidades de nuestros templos. Esa colecta se realiza precisamente en este domingo segundo de agosto. Este año nos proponemos que la Campaña Pro-Templos

se centre en las iglesias de Toba de Valdivielso y Orón. Confiamos en que la generosidad de todos nos permita dar pequeños apoyos económicos a más iglesias.

Me hago cargo de la situación en la que nos encontramos por la crisis económica que estamos padeciendo. Pero conozco también la generosidad y la fe de la gente de esta tierra y espero que harán todo lo que esté en sus manos. Gracias por anticipado.



VII

AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA

(Cope, 16-8-2015)

Terminada la segunda Guerra Mundial (1945), vinieron los acuerdos de Yalta y Postdam. Como consecuencia de ello, surgió una nueva configuración de Europa. Alemania, que había sido vencida, tuvo que arrostrar enormes costes de todo tipo. Uno de ellos fue la deportación de catorce millones llevada a cabo por los rusos desde la Alemania oriental a la occidental. Entre ellos había tres mil sacerdotes católicos.

El Papa Pío XII no se cruzó de brazos ante esta realidad, sino que puso en marcha una iniciativa, tendente sino a remediarla al menos a paliarla. Para ello, entró en contacto con la Orden Mercedaria, cuyo carisma era el más indicado para esta tarea. Más en concreto con el monasterio de Tongerlo, en Bélgica, cerca del cual había un importante número de refugiados que vivían hacinados en un antiguo búnker. El superior de este monasterio acogió con agrado el encargo y designó al padre Werenfried Straaten para llevarlo a cabo. Era un religioso de 34 años lleno de energía humana y espiritual.

Él conocía muy bien la penuria que atravesaban los labradores de aquella zona. Pero conocía también que esa buena gente era capaz de compartir lo poco que tenía con quien tenía todavía menos. Y se lanzó a recorrer granja a granja y casa a casa, pidiendo una raja de tocino. Dios bendijo la iniciativa y recogió toneladas de este producto, que repartió entre los deportados. Así nació la Asociación “Ayuda a la Iglesia Perseguida”. Su

alma sería el padre Werenfried, al que una buena campesina calificó un día como “Padre Tocino”, calificativo con el que ha pasado a la historia.

Las cosas de Dios suelen nacer pequeñas y luego crecer hasta hacerse un árbol gigante. Así ha ocurrido con esto. Primero se centró en ayudar a los sacerdotes alemanes deportados por los rusos; luego se amplió a todos los cristianos deportados y, finalmente, cruzó las fronteras de Europa y se extendió a todo el mundo: China, África, diversas naciones de Asia, México, Brasil, y actualmente aquellos lugares donde el radicalismo yihadista dejan sentir el zarpazo en las comunidades cristianas. En España existe la institución “Ayuda a la Iglesia perseguida” desde hace cincuenta años y es impulsada por los Mercedarios. Precisamente, ahora está celebrando el 50 aniversario, motivo por el que trata de darla un nuevo impulso. Porque hoy la Iglesia está siendo perseguida cruelmente en muchos lugares el mundo.

La ayuda que comenzó siendo sobre todo humana y corporal es actualmente una ayuda integral. Cuenta con oficinas en 20 países y desarrolla proyectos en unos 140. El incendio de generosidad que se inició con el Padre Tocino llega ahora a misioneros, sacerdotes y religiosos, cristianos perseguidos, seminaristas y novicias, y víctimas de catástrofes naturales y humanitarias.

Los pilares sobre los que apoya su acción son estos tres: la sensibilización, la oración y la caridad. Con el primero tratan de informar con veracidad y sensibilizar a la sociedad acerca de la situación de la Iglesia que sufre y es perseguida en diversas partes del mundo. De este modo, se hacen voz de los que no tienen voz. Además de esto, trata de fomentar la oración por todos los que sufren por su fe, por los cristianos que están necesitados y por los misioneros. Finalmente, la caridad es el puente a través del cual financia proyectos pastorales en países donde más sufre la Iglesia.

Una de las funciones más hermosas de esta noble empresa es fomentar el perdón y el amor a los enemigos. Como decía el Padre Tocino, “resulta fácil ayudar a un amigo. Más difícil es hacerlo con el enemigo. Sin embargo, precisamente esto forma parte esencial del cristianismo. Mientras no seamos capaces de ello, no tendremos derecho a llamarnos cristianos. En todo caso, seremos buenos paganos”.

A nosotros sólo nos queda apoyar con todas nuestras posibilidades espirituales y económicas esta magnífica empresa.



VIII

JORNADA DE ORACIÓN POR LA CREACIÓN

(Cope, 23-8-2015)

El papa Francisco acaba de instituir una Jornada Mundial de oración por la creación. A partir de este año se celebrará el uno de septiembre, en concomitancia con la que celebra la Iglesia Ortodoxa. La iniciativa acoge una sugerencia del actual Metropolitano de Pérgamo en la presentación de la encíclica del Papa, *Laudato si*.

El objetivo de esta Jornada es suscitar en los fieles una profunda conversión espiritual, como respuesta teológica a la actual crisis ecológica. En efecto, hay muchos, incluso cristianos, que se burlan cuando oyen hablar de esto o se encogen de hombros. Otros no le dan ninguna importancia. Sin contar los que sólo ven en la creación un medio de disfrute personal, con independencia de cualquier referencia ética. La consecuencia de todo esto es que nos encontramos sumidos en una profunda crisis ecológica, que amenaza la misma existencia humana.

La cuestión de fondo es que los hombres y mujeres de hoy pensamos que somos dueños y señores de la creación y que ésta es un patrimonio nuestro. Como consecuencia manejamos la naturaleza sin miramiento alguno y la explotamos sin la menor consideración. El resultado final es que la vamos destruyendo poco a poco pero de modo inexorable. El así llamado “cambio climático” es una de sus manifestaciones.

Pensar que podemos maltratar o hacer de la creación lo que nos plazca, es un error y un pecado. En efecto, nosotros no somos dueños de la creación sino administradores. Además, el mundo ha sido creado por Dios no sólo para disfrute de nuestra generación sino para que sea un espacio habitable para todas las generaciones que han de existir hasta el fin del mundo. Destruir este proyecto de Dios es ir en contra de lo que Dios quiere. Ahí es donde radica su malicia. Como ha señalado el Patriarca Bartolomé, “que los seres humanos destruyen la diversidad biológica en la creación divina; que los seres humanos degraden la integridad de la tierra y contribuyan al cambio climático, desnudando la tierra de sus bosques naturales o destruyendo sus zonas húmedas; que los seres humanos contaminen las aguas, el suelo, el aire. Todos estos son pecados”.

Por eso, el Papa, que hace suya esta valoración, pide en la encíclica *Laudato si* no sólo un cambio técnico sino ético y teológico. Adoptar todos

los recursos técnicos disponibles y los que irán surgiendo, aunque sea necesario, no resuelve el problema. Porque es quedarse en los síntomas. Lo que importa es un cambio moral, un cambio de la mente y del corazón, fruto de considerar la creación como lo que realmente es: un don de Dios que no podemos derrochar, maltratar y destruir. El derroche “comienza cuando no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que sólo nos vemos a nosotros mismos” (Benedicto XVI). A nadie se le escapa que esta mentalidad y comportamiento es un intento más de ser como Dios; más aún, más que Dios. Al menos, nos hacen incoherentes y egoístas.

El Papa Francisco nos traza en su encíclica *Laudato si* el camino que hemos de seguir. Necesitamos “una conversión ecológica, que implica dejar brotar todas las consecuencias de nuestro encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que nos rodea. Vivir la vocación de ser proyectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no es algo opcional ni un aspecto secundario de la experiencia cristiana” (n. 217).

Sea bienvenida, pues, la Jornada que acaba de instaurar el Papa. Pidamos a Dios que seamos capaces de ver en la naturaleza la obra que él creó pensando en el bien de todos sus hijos –no sólo de nosotros– y comprender cada vez mejor la huella que él ha dejado impresa en la creación.



IX

BAUTISMO DE NIÑOS Y ADULTOS EN NUESTRA DIÓCESIS

(Cope, 30-8-2015)

Cuando observamos la vida de un niño de pocos meses, sentimos un cierto desconcierto, al comprobar la inferioridad en que se encuentra respecto a un animalito o a un ave de la misma edad. Sin embargo, el desconcierto da paso a la admiración por el modo con el que Dios procede en ambos supuestos. En el caso de los animales y las aves, desde el primer momento necesitan valerse por sí mismos, mientras que en el caso de las personas humanas ha previsto que se encargue de ello la familia. Ahí crece y se desarrolla durante años y se abre a la vida en todas sus dimensiones: física, intelectual, sentimental, espiritual, religiosa, social.

Todos los padres lo saben y actúan en consecuencia. De hecho, preparan para su bebé los alimentos adecuados, le cambian la ropa, le enseñan el idioma en que tendrá que hablar cuando sea mayor, le llevan a la guardería y, si enferma, al médico. A veces se ven obligados a imponerle algo en contra de su voluntad, como que tome una medicina o un alimento que necesita pero que él rechaza. Cuando actúan así, no tienen ningún complejo de haber violado su libertad. Se orientan con la lógica del sentido común.

Con esa misma lógica los padres cristianos ayudan a sus hijos a despertar en el campo religioso, les enseñan a rezar, les hablan del amor a Dios y prójimo y –al poco de nacer– les llevan a bautizar. Últimamente, las presiones familiares y ambientales les llevan a inquietarse, pues les insisten en que esperen a que los hijos sean mayores y sean ellos los que pidan el bautismo y aprendan a rezar. No tienen por qué inquietarse. Como tampoco se inquietan cuando les enseñan un idioma que, quizás, no querrán hablar cuando sean mayores.

Ahora bien, los padres cristianos han de ser conscientes de la responsabilidad que contraen cuando piden el bautismo para sus hijos. Desde ese momento, ellos se comprometen a cuidar la tierna planta de la fe, de modo que no se hiele ni agoste con los rigores del frío o del calor del ambiente. Hoy tiene especial actualidad, porque el ambiente en que nace y crecerá esa criatura es muy adverso para la fe cristiana. Si hace unas décadas el ambiente ayudaba a ser mejores, el ambiente actual suele ser un serio adversario del bien y un poderoso aliado para el mal.

No se trata de hacerse miedoso o suspicaz. Menos todavía de pensar que en ese medio ambiente es imposible ser cristiano. Se trata simplemente de ser conscientes de que hoy es preciso tomarse mucho más en serio la educación religiosa de los hijos en la propia familia. Si un niño nunca oye hablar de Dios a sus padres, si nunca les ve rezar cuando se ponen a la mesa, si nunca les ve ir a Misa los domingos, si nunca les ve dar una limosna, si sólo escucha en ellos críticas contra la Iglesia y la legítima autoridad, o juicios negativos contra todos y contra todo, será muy difícil que la fe plantada en el bautismo se desarrolle y produzca los frutos que cabe esperar.

Para ayudar a los padres en su tarea educativa, desde hace algunos años las parroquias de nuestra diócesis les ofrecen algunas charlas de preparación al bautismo y, más tarde, caminan a su lado para ayudarles en el despertar religioso de sus hijos. Es una gran ayuda que los padres valoran muy positivamente y que yo bendigo con especial cariño y ánimo a proseguir ahora que vamos a iniciar un nuevo curso.

De todos modos, en nuestra diócesis no solo se bautizan niños recién nacidos. Desde hace varios años existe un servicio especial para los adul-

tos mayores de 16 años y para los niños-adolescentes entre 6 y 14 años que quieran bautizarse. El pasado domingo, sin ir más lejos, bauticé a una persona de casi treinta años. Quienes deseen información pueden pedirla en su parroquia o en el obispado. También bendigo esta iniciativa y animo a todos a cumplir el mandato del Señor: “Haced discípulos míos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.



Otras intervenciones

68ª SEMANA ESPAÑOLA DE MISIONOLOGÍA

*Sentido y retos de la misión hoy
50 años después del Decreto Ad Gentes*

Querido Sr. Cardenal Fernando Filoni, Prefecto para la Evangelización de los Pueblos, queridos hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio.

Queridos Misioneros, Delegados diocesanos de Misiones y todos los que os encontráis aquí para participar durante estos días en la sexagésimo-octava Semana Española de Misionología en Burgos.

Es para mí una gran satisfacción dirigiros este saludo de bienvenida y deseáros unos días de grata convivencia, de reflexión serena y de estímulo mutuo en esa gran tarea que nos une a todos, sea cual sea el lugar en que habitualmente nos movamos. Se trata de la tarea de anunciar a Jesucristo, único Salvador del mundo.

La Iglesia es consciente de que el anuncio de Jesucristo es el servicio más precioso que puede ofrecer a la humanidad y a cada persona que busca las razones más profundas para vivir en plenitud su propia existencia. Este anuncio, por otra parte, vivifica a la misma la Iglesia, incrementa su fervor y su espíritu apostólico e incluso renueva sus métodos pastorales para que sean cada vez más apropiados a los nuevos retos y situaciones que se le presentan. En efecto, la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡Ciertamente la fe se fortalece dándola!

Una mirada global a la humanidad permite comprender que el anuncio de Cristo Redentor, confiado a la Iglesia como su más preciado tesoro, sigue sin resonar en muchos rincones de la tierra. La misión se halla todavía

en sus comienzos, reconocía San Juan Pablo II (Enc. *Redemptoris missio*, 1) Más aún, cada día se alarga la multitud de aquellos que, aun habiendo recibido ese anuncio, lo han olvidado y abandonado, no reconociéndose ya como parte integrante de la Iglesia. La secularización ha dejado profundas huellas también en países de antigua tradición cristiana, fomentando una mentalidad que hace caso omiso del mensaje evangélico y que, como objetivo último en la vida, se conforma con exaltar la búsqueda del bienestar, de la ganancia fácil, de la carrera y del éxito, a costa incluso de los valores morales. En esta situación, el anuncio de Jesucristo, único Salvador del mundo, se hace especialmente delicado y complejo, pero la Iglesia no puede renunciar a esta tarea. Es su gloria y su dicha. Es su vocación específica. La Iglesia existe para evangelizar.

Todos los cristianos hemos de sentirnos comprometidos en esta tarea, que reclama todas nuestras energías y todos nuestros recursos. Uno de los empeños más importantes de la Iglesia en estos momentos de la historia ha de ser el de fomentar una intensa evangelización que nos permita vivir enraizados y edificados en Cristo, con una fe firme e inquebrantable. Se trata de esa fe que no se reduce a creer una serie de verdades, sino que implica ante todo una relación viva y personal con Cristo. Sólo esta relación personal con Cristo será capaz de saciar sus inquietudes y sus aspiraciones por un mundo más solidario, más justo y más digno del ser humano.

Hemos de saber transmitir la fe a los demás, convirtiéndoles así en *protagonistas* de la misión. Cristo no es un bien sólo para vosotros mismos, sino que es el bien más precioso que tenemos que compartir con los demás. En la era de la globalización, sed testigos de la esperanza cristiana en el mundo entero. Son muchos los que desean recibir esta esperanza.

Queridos semanistas: Que vuestras reflexiones y vuestros testimonios a lo largo de estos días en torno a “el sentido y reto de la misión hoy” den también nuevo impulso a toda la Iglesia en su misión evangelizadora. Es la misión de llevar a todos a Cristo, con todo lo que Cristo ha venido a traernos, lo cual comporta tomar en serio la vida humana en su más pleno sentido.

Os agradezco el trabajo de animación y formación misionera que, de un modo u otro, en lugares cercanos o lejanos, todos estáis llevando a cabo. Vuestro trabajo es fundamental para la edificación de la Iglesia. Que el Espíritu Santo, protagonista de la Misión, os guíe y os sostenga siempre, con la intercesión de María, Estrella de la evangelización y Reina de los Apóstoles. Muchas gracias.



Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO-MES DE JULIO

- Día 1: Por la mañana participa en Eucaristía presidida por Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, en la parroquia de San Josemaría Escrivá.
- Días 2-5: Participa en el 38 encuentro nacional de la renovación carismática en Roma.
- Día 6: Por la tarde preside el acto inaugural de la 68 Semana de Misionología en la Facultad de Teología y participa en la conferencia inaugural del Cardenal Fernando Filoni, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los pueblos.
- Día 7: Imparte la conferencia “el decreto Ad Gentes en el contexto del Concilio Vaticano II” dentro de la 68 Semana de Misionología y asiste a otras ponencias. Por la tarde acompaña al Cardenal Fernando Filoni en la visita a la Cartuja de Miraflores y la catedral.
- Día 8: Visita al sacerdote D. Pedro Muga en el hospital.
- Día 9: Asiste a la conferencia final de la Semana de Misionología y clausura.
- Día 10: Visitas. Por la tarde participa en el concierto de “los chicos del coro” en la catedral organizado por AXA.
- Día 11: Asiste al premio de pintura catedral de Burgos patrocinado por AXA.
- Día 13: Reunión de obispos y vicarios de la región del Duero en Burgos.

- Día 27: Preside las exequias del sacerdote D. Pedro Muga en la parroquia de San Gil.
- Día 28: Comisión permanente del Consejo de Gobierno.
- Día 29: Visitas. Por la tarde preside la eucaristía y encuentro con las Franciscanas de Montpellier en Miranda de Ebro con motivo de su Capítulo general.
- Día 30: Consejo de Gobierno.
- Día 31: Visitas.

AGENDA DEL Sr. ARZOBISPO – MES DE AGOSTO

- Día 3: Visitas.
- Día 4: Visitas.
- Día 6: Visitas. Recibe a D. Isidro Barrio, obispo de Huancavelica (Perú).
- Día 7: Visitas.
- Días 7-14: Participa cada día, por la tarde en la catedral, en la novena a santa María la Mayor, patrona de la diócesis.
- Día 9: Bendice el nuevo centro parroquial de San Pedro y San Felices.
- Día 10: Visitas.
- Día 11: Visitas.
- Día 13: Visitas.
- Día 14: Por la tarde preside la procesión con la patrona de la diócesis por las calles en torno a la catedral.
- Día 15: Misa Estacional en la catedral en la solemnidad de la Asunción de María con bendición papal.
- Día 20: Recibe a D. Rafael Cob, obispo de Puyo (Ecuador). Por la tarde preside las vísperas y la santa misa en la capilla de las MM. Bernardas con motivo de la fiesta de san Bernardo.
- Día 23: Administra los sacramentos de la iniciación cristiana a una joven en la parroquia de San Esteban de Burgos.
- Día 24: Preside la santa misa en la casa sacerdotal.

Curia Diocesana

Secretaría General

I

NOMBRAMIENTOS 2015

- Con fecha 6 de junio de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado Párroco de Alcocero de Mola, Villalmóndar y Cuevacardiel al Rvdo. D. Julián Galerón Cuesta.
- Con fecha 28 de julio de 2015 ha nombrado Párroco de San Pedro Regalado de Aranda, al Rvdo. P. Duarte de Jesús Silva da Costa, Espiritano.
- Con fecha 28 de julio de 2015, ha nombrado Párroco de Fuentecén, Fuentemolinos, Aza y Adrada de Aza, al Rvdo. P. Songo Thomas Emmanuel, Espiritano.
- Con fecha 28 de julio de 2015, ha nombrado Capellán del Hospital “Santos Reyes”, a tiempo pleno, al Rvdo. P. Benedicto Sánchez Peña, Espiritano.
- Con fecha 28 de julio de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado Párroco de San Gil de Burgos al Rvdo. D. José Luis Lastra Palacios.
- Con fecha de 30 de julio de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado Párroco de Santa Gadea del Cid, Ayuelas, Guinicio, Montañana, Moriana, Bozoo, Villanueva Soportilla y Portilla al Rvdo. P. Jesús María Hernando Ibeas, Redentorista.
- Con fecha 30 de julio de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado Consiliario Diocesano de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes, al Rvdo. D. Francisco Javier Valdivieso Sáenz.

- Con fecha 6 de agosto de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado miembro del Consejo de Asuntos Económicos a D^a Dolores Calleja Hierro.
- Con fecha 7 de agosto de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado Vicario Parroquial de Espinosa de los Monteros, Para de Espinosa, Nieves de Espinosa, Bárcena de Espinosa, Quintana los Prados, Santa Olalla de Espinosa, Baranda de Montija, Villasante de Montija, Bercedo, Quintanilla Sopena, San Pelayo de Montija, Noceco, Gayangos, Villalázara, Barcenillas del Rivero, Revilla de Pienza, Cuestaedo, Quintanaedo, Loma de Montija, Agüera de Montija, Bárcena de Pienza, Quintanilla de Pienza, Edesa, Montecillo, Céspedes, Bariosuso de Medina, Lozares y Pajares de Villarcayo al Rvdo. D. Raúl Pereda Sancho.
- Con fecha 7 de agosto de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado Párroco de Huerta de Arriba, Huerta de Abajo, Tolbaños de Arriba, Tolbaños de Abajo, Bezares de Valdelaguna, Barbadillo del Pez, Barbadillo de Herreros, Monterrubio de la Demanda, Riocabado de la Sierra, Hoyuelos de la Sierra, Arroyo de Salas, Quintanilla Urrilla y Vallejimenno al Rvdo. D. Juan Mariano de Lucio Delgado.
- Con fecha 7 de agosto de 2015, el Sr. Arzobispo ha nombrado Capellán de la Capilla de la Divina Pastora de Burgos, al Rvdo. D. Francisco Javier Gómez Oña.
- Con fecha de 11 de agosto de 2015, el Sr. Arzobispo ha confiado la Parroquia de Suzana al Rvdo. D. León Carrera Torre, Párroco de San José de Miranda de Ebro.



II

EN LA PAZ DEL SEÑOR

1) Rvdo. D. JOSÉ VALDIVIELSO ARCE

Sacerdote diocesano

Nacido en Llano de Bureba el 20 de abril de 1928, se formó en el Seminario de Burgos y el 1 de Julio de 1958 era ordenado sacerdote. Destinado a Escóbados de Arriba y de Abajo, por su cuenta decidió estudiar Magisterio

que ejercería, a la vez que de párroco, durante muchos años, en Santibáñez de Esgueva, y últimamente en Vadocondes. Son muchos los que pasaron por su escuela y hoy, desde sus puestos de responsabilidad en el mundo académico o el del funcionariado, le recuerdan agradecidos como “el cura maestro”.

Hombre inteligente, trabajador, dotado de una memoria envidiable que le permitía recodar y repetir lo que había oído. Últimamente su deficiente vista no era un impedimento para embarcarse, nunca mejor dicho, en aventuras de viajes y otras actividades. No carecía de iniciativas.

Falleció el día 3 de junio de 2015 en la Casa Sacerdotal. Las Exequias, presididas por el Vicario General, se celebraron en el Tanatorio de San José. Sus restos descansan en el Cementerio de Burgos.

2) Rvdo. D. ROMÁN ONTOSO MARTÍNEZ

Sacerdote Diocesano

D. Román nació en Gumiel de Izán el 9 de agosto de 1921. Se formó en el Seminario de El Burgo de Osma y en Valladolid. Fue ordenado sacerdote el 15 de agosto de 1945. Fue párroco en Las Fraguas (Soria), y desde 1953 Párroco de Tubilla del Lago. Desde agosto de 1972 fue párroco de Lerma y posteriormente de Huerta del Rey. Ya jubilado pasó unos años en Aranda y los últimos en la Casa Sacerdotal de Burgos donde falleció el día 14 de julio de 2015. Las Exequias, presididas por el Sr. Vicario General, se celebraron en su pueblo natal, Gumiel de Hizán, en cuyo cementerio reposan sus restos.

D. Román perteneció a esa generación de curas “de raza” cuya única pasión fue anunciar el Evangelio. A lo largo de sus muchos años de sacerdote, el mundo, los hombres, la misma Iglesia han cambiado mucho. Y Román, en medio de tantos cambios supo mantenerse fiel. Damos gracias por su larga vida y seguimos unidos a él por la oración. Descansa en paz.

3) Rvdo. D. PEDRO MUGA PEREA

Sacerdote Diocesano

Ordenado sacerdote en Burgos el 6 de julio de 1968, fue párroco de Pineda de la Sierra. En el año 1972 obtuvo las Transitoriales para desplazarse a Lérica donde trabajó pastoralmente durante 5 años. Posterior-

mente las obtuvo para trabajar en Bilbao durante 3 años. Reincorporado a la Diócesis, fue Vicario Parroquial de San José Obrero, Párroco de Santa Agueda y los últimos 10 años, de San Gil. Herido de muerte desde hacía cinco años, moría el día 26 de julio a las 13,00 horas.

Su vida, sobre todo estos últimos años, ha sido toda una lección de asunción consciente de la realidad, de lucha y tesón por superarla, de esperanza confiada y creyente por vencerla, de optimismo y delicadeza exquisita para, a pesar del dolor, jamás quejarse indebidamente y ser agradecido con los que atentamente le cuidaban ¡gracias Pedro!

Las Exequias se celebraron en su Parroquia de San Gil y fueron presididas por el Sr. Arzobispo. Un buen número de sacerdotes se hizo presente para decirle un sentido “HASTA PRONTO”. ¡Descansa en paz, Pedro!



Sección Pastoral e información

Noticias de interés

- San Pedro y San Felices estrena centro parroquial: Después de dos años de trabajo, el arzobispo de Burgos bendecía el día 9 de agosto de 2015 las instalaciones del nuevo centro parroquial de San Pedro y San Felices, un moderno edificio que permitirá a la parroquia desarrollar su actividad pastoral de un modo más cercano y dinámico. Tras la celebración de la eucaristía dominical en el templo, el pastor



de la diócesis se desplazó hasta el nuevo edificio, que bendijo augurando a los parroquianos hacer buen uso del mismo. El inmueble, que se ha construido en los dos últimos años sobre la antigua casa del párroco, está situado en la calle San Pedro y San Felices y cuenta con cuatro plantas, con varias salas para la catequesis, un despacho parroquial, un salón multiusos para grandes reuniones, y vivienda para los sacerdotes. A la equipación del inmueble se suma una cocina y una pequeña terraza para facilitar diversas celebraciones: «Queremos que el nuevo centro parroquial sirva para ayudarnos a crear más comunidad y que todos podamos reunirnos a celebrar incluso bautizos, comuniones u otros eventos». Y es que, según detalla el párroco, Miguel Ángel Díez, se trata de un centro «para todo el barrio», donde «no solo podamos reunirnos los miembros de la parroquia para la catequesis, sino donde también puedan encontrarse los vecinos del barrio, los niños y los ancianos». San Pedro y San Felices cuenta, a partir de hoy, con un lugar propio donde poder reunirse, ya que hasta la fecha las catequesis y otras reuniones se realizaban en las aulas del vecino colegio diocesano, los salones de una entidad social o el mismo templo. Ahora, «se podrán realizar varias actividades de modo simultáneo sin interrupciones» y realizar la acogida de Cáritas de un modo más cercano y privado.



Comunicados eclesiales

Conferencia Episcopal

I

DIRECCION EN INTERNET:
www.conferenciaepiscopal.es

* * *

II

Mons. SALVADOR GIMÉNEZ VALS HA SIDO NOMBRADO OBISPO DE LLEIDA



La Santa Sede ha hecho público a las 12.00 h. de hoy que el Papa Francisco ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la diócesis de Lleida presentada por Mons. Joan Piris Frígola, conforme al canon 401, párrafo 1, del Código de Derecho Canónico. El Santo Padre ha nombrado nuevo obispo de esta diócesis a Mons. Salvador Giménez Valls, obispo de Menor-

ca desde 2009. Así ha sido comunicado por la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española (CEE).

Mons. Giménez Valls nació el 31 de mayo de 1948 en Muro de Alcoy, provincia de Alicante y archidiócesis de Valencia. En 1960 ingresó en el Seminario Metropolitano de Valencia para cursar los estudios eclesiásticos. Es Bachiller en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Es licenciado en Filosofía y Letras, con especialización en Historia, por la Universidad de Valencia.

Fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1973 en Valencia, diócesis en la que desempeñó distintos cargos: párroco de Santiago Apóstol de Alboraچه (1973-1977); director del Colegio “Claret” en Xátiva (1977-1980); Rector del Seminario Menor, en Moncada, (1980-1982); Delegado Diocesano de Enseñanza (1982-1986); Jefe de Estudios de la Escuela Universitaria de Magisterio “Edetania” (1982-1989); párroco de San Mauro y San Francisco (1990-1996) y Arcipreste del Arciprestazgo de Virgen de los Lirios y San Jorge (1993 y 1996), en Alcoy (Alicante); y Vicario Episcopal de la Vicaría II Valencia Centro y Suroeste (1996-2005). Fue miembro del Colegio de Consultores entre 1994 y 2001. Además, fue director de la Sección de Enseñanza Religiosa, dentro del Secretariado de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la CEE de 1987 a 1989.

El 11 de mayo de 2005 se hacía público su nombramiento como obispo auxiliar de Valencia. Recibió la ordenación episcopal el 2 de julio del mismo año. Fue administrador diocesano de Menorca del 21 de septiembre de 2008 hasta el 21 de mayo de 2009, fecha en la que fue nombrado obispo de esta sede. Tomó posesión el 11 de julio del mismo año.

En la Conferencia Episcopal Española ha sido miembro de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis (2005-2014) y actualmente, y desde 2014, es miembro de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social.



III

EL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA SE CELEBRARÁ EN ESPAÑA CON UN ENCUENTRO EN MADRID LOS DÍAS 3 Y 4 DE OCTUBRE

Madrid acogerá el Encuentro de la Vida Consagrada en España los días 3 y 4 de octubre bajo el lema “Corazones que desean algo grande”. Será una única iniciativa conjunta, organizada por la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, CONFER, Cedis, Nuevas Formas de Vida Consagrada y Ordo Virginum que se enmarca en el Año de la Vida Consagrada 2015 convocado por el Papa Francisco, que en España coincide con el Año Jubilar Teresiano.

Congreso y Testimonios

Este encuentro, que tendrá carácter celebrativo, formativo y festivo, consta de cuatro momentos. Los dos actos del sábado se celebrarán en la Parroquia Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid.

Por la mañana, un Congreso que comenzará, a las 10 de la mañana, con el saludo del Nuncio apostólico, Mons. **Renzo Frantini** y el arzobispo de Madrid, Mons. **Carlos Osoro**. Se desarrollarán tres ponencias en las que profundizarán en la espiritualidad, en la vida consagrada como camino de belleza, la misión y el servicio de los consagrados.

El profesor en el Pontificio Instituto “Teresianum” y consultor de la Congregación para las Causas de los Santos, P. **François Marie Léthel**, OCD, hablará sobre “La espiritualidad sponsal de la vida consagrada”; “La misión y el servicio de los consagrados, testimonio de la misericordia divina” será la conferencia expuesta por la H^a. **Inmaculada Fukasawa**, ACI, Superiora General Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Por último, será el P. **Marko Ivan Rupnik**, SJ, Director del Centro de Estudios e Investigaciones **Ezio Aletti**, expondrá “La vida consagrada: camino de la belleza”.

Por la tarde, se celebrará un concierto-testimonio. En un clima de oración se alternarán testimonios con canciones. La oración de inicio estará a



cargo de la Comunidad del Cordero. Durante varios momentos participará la Escolanía de niños de El Escorial. Será un acto de acción de gracias. La velada finalizará con una oración de la Comunidad Ecu­ménica de Taizé.

Eucaristía y peregrinación

El domingo, 4 de octubre, el cardenal **Ricardo Blázquez**, arzobispo de Valladolid y presidente de la CEE, presidirá la Eucaristía de acción de gracias en la Catedral de Ntra. Sra. La Real de la Almudena, que será retransmitida por La 2 de TVE, a las 10.30 horas.

Durante todo el día los participantes podrán peregrinar por lugares significativos de la vida consagrada en Madrid, desde comedores sociales, hospitales, santuarios, conventos o residencias. Estas peregrinaciones se prolongarán durante varios días para conocer de primera mano la labor de los consagrados.



Santo Padre



I

DIRECCION EN INTERNET:

w2.vatican.va

* * *

II

DISCURSO A LA COMUNIDAD DE LA ACADEMIA ECLESIAÍSTICA PONTIFICIA

(Sala del Consistorio, 25-6-2015)

Os acojo al final de un año de estudios y de vida comunitaria. Demos gracias al Señor por este tiempo que os ha concedido para formaros y crecer juntos en el servicio a la Iglesia. Expreso mi profundo agradecimiento al presidente, monseñor Giampiero Gloder, así como a todos los que, en diversas funciones y de varias formas, colaboran en vuestra formación cultural y espiritual, y al desarrollo ordenado y sereno de vuestra vida en la Academia. De buen grado aprovecho esta ocasión para agradeceros por haber puesto vuestra vida a disposición de la Iglesia y de la Santa Sede, y os animo a proseguir con alegría y serenidad el camino emprendido, que no es fácil. Quiero destacar algunos puntos de este camino vuestro.

Ante todo, vuestra misión. Os prepararéis para representar a la Santa Sede ante la comunidad de las naciones y en las Iglesias locales a las que seréis destinados. La Santa Sede es la sede del obispo de Roma, la Iglesia que preside en la caridad, que no se sienta en el vano orgullo de sí, sino en la valentía diaria de la condescendencia, o sea del despojamiento, de su Maestro. La verdadera autoridad de la Iglesia de Roma es la caridad de Cristo, no hay otra. Esta es la única fuerza que la hace universal y creíble para los hombres y el mundo; esta es el corazón de su verdad, que no erige muros de división y exclusión, sino que se transforma en puente que construye la comunión y llama a la unidad del género humano; esta es su potencia secreta, que alimenta su esperanza tenaz, invencible, a pesar de las derrotas momentáneas.

No se puede representar a alguien sin reflejar sus rasgos, sin evocar su rostro. Jesús dice: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn* 14, 9). No estáis llamados a ser altos funcionarios de un Estado, una casta superior que se preserva a sí misma y es apreciada en las reuniones mundanas, sino a ser custodios de una verdad que sostiene desde lo profundo a quienes la proponen, y no lo contrario. Es importante que no os dejéis aridecer por los continuos traslados, más bien, hay que cultivar raíces profundas, conservar la memoria viva de por qué se ha emprendido el propio camino, no dejarse vaciar por el cinismo, ni consentir que se desvanezca el rostro de Aquel que está en la raíz del propio itinerario, o que se confunda la voz que ha dado origen al propio camino.

«Acuérdate de Jesucristo» (*2 Tm* 2, 8), decía Pablo a su discípulo. No perder la memoria de Jesucristo, que está precisamente al inicio de vuestro camino. La preparación específica que os ofrece la Academia está orientada a hacer crecer las realidades que encontraréis, amándolas incluso en la poquedad que quizá muestren. En efecto, os prepararéis para convertirlos en «puentes», pacificando e integrando en la oración y en el combate espiritual las tendencias a imponerse a los demás, la supuesta superioridad de la mirada que impide el acceso a la esencia de la realidad, la pretensión de saber ya bastante. Para hacer esto es necesario no trasladar al ámbito en el que se actúa los propios esquemas de comprensión, los propios parámetros culturales, el propio bagaje eclesial.

El servicio al que seréis llamados requiere garantizar la libertad de la Sede apostólica, que, para no traicionar su misión ante Dios y por el verdadero bien de los hombres, no puede dejarse aprisionar por las lógicas de los grupos de presión, ser rehén de la repartición contable de las camarillas, contentarse con la repartición entre cónsules, someterse a los poderes políticos y dejarse colonizar por los pensamientos fuertes de turno o por la hegemonía ilusoria de la corriente dominante. Estáis

llamados a buscar, en las Iglesias y en los pueblos en medio de los cuales ellas viven y sirven, el bien que hay que promover. Para realizar del mejor modo posible esta misión es indispensable deponer la actitud de juez y ponerse el traje del pedagogo, de aquel que es capaz de hacer salir de las Iglesias y de sus ministros las potencialidades de bien que Dios no deja de sembrar.

Os exhorto a no esperar el terreno preparado, sino a tener la valentía de ararlo con vuestras manos –sin tractores u otros medios más eficaces de los que jamás podremos disponer–, a fin de disponerlo para la siembra, esperando, con la paciencia de Dios, la cosecha, de la que quizá no os beneficiéis vosotros; a no pescar en las peceras o en los criaderos, sino a tener el valor de alejaros de los márgenes de seguridad de cuanto ya se conoce y echar las redes y las cañas de pesca en zonas menos obvias, sin adaptarse jamás a comer pescados preconfeccionados por otros.

La misión del representante pontificio requiere la búsqueda de pastores auténticos, con la inquietud de Dios y con la perseverancia mendicante de la Iglesia que, sin cansarse, sabe que existen, porque Dios no permite que falten. Buscad, guiados no por prescripciones externas, sino por la brújula interior con la que se orienta la propia vocación de pastor, con la medida exigente que se debe aplicar a sí mismo para no extraviarse en la decadencia. Buscad a hombres de Dios, paternos con aquellos que les han sido encomendados; hombres insatisfechos del mundo, conscientes de su «penúltimidad» y de la certeza íntima de que, siempre y comoquiera que sea, seguirá necesitando cuanto parece despreciar.

Queridos hermanos: La misión que un día estaréis llamados a desempeñar os llevará a todas las partes del mundo. A Europa, que necesita despertarse; a África, sedienta de reconciliación; a América Latina, hambrienta de alimento e interioridad; a América del Norte, determinada a redescubrir las raíces de una identidad que no se define a partir de la exclusión; a Asia y Oceanía, desafiadas por la capacidad de fermentar en la diáspora y dialogar con la vastedad de culturas ancestrales.

Al dejaros estas reflexiones, os agradezco vuestra visita, tan agradable, y os exhorto a no dejaros desanimar por las dificultades que encontraréis inevitablemente. Estad seguros de la ayuda y del apoyo del Señor, que siempre es fiel. Os prometo acompañaros con mi oración, pero también os pido, por favor, que recéis por mí. Que la Virgen os siga en vuestro camino y en vuestra preparación, os enseñe el profundo amor a la Iglesia que será tan necesario y proficuo en la misión que os espera. Toda vuestra vida está al servicio del Evangelio y de la Iglesia. ¡No lo olvidéis nunca!

Con estos deseos y estas exhortaciones, invoco sobre vosotros, sobre vuestros formadores y profesores, sobre las religiosas –gracias por estar aquí– y sobre todo el personal, la abundancia de los dones del Espíritu Santo, mientras os bendigo de todo corazón.



III

DISCURSO AL CLERO, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS Y SEMINARISTAS DE ECUADOR

(Santuario nacional mariano de El Quinche, Quito, 8-7-2015)

1. Habla espontáneamente:

Buenos días, hermanos y hermanas.

En estos dos días, 48 horas, que tuve contacto con ustedes, noté que había algo raro –perdón–, algo raro en el pueblo ecuatoriano. En todos los lugares donde voy, siempre el recibimiento es alegre, contento, cordial, religioso, piadoso, en todos lados. Pero acá había en la piedad, en el modo, por ejemplo, en pedir la bendición desde el más viejo hasta la ‘wawa’, que lo primero que aprendí es hacer así. Había algo distinto, yo también tuve la tentación, como el obispo de Sucumbíos, de preguntar: ¿Cuál es la receta de este pueblo? ¿Cuál es? Y me daba vuelta en la cabeza y rezaba; le pregunté a Jesús varias veces en la oración: ¿Qué tiene este pueblo de distinto? Y esta mañana, orando, se me impuso aquella consagración al Sagrado Corazón.

Pienso que se lo debo decir como un mensaje de Jesús: Todo esto de riqueza que tienen ustedes, de riqueza espiritual, de piedad, de profundidad, viene de haber tenido la valentía –porque fueron momentos muy difíciles–, la valentía de consagrar la nación al Corazón de Cristo, ese Corazón divino y humano que nos quiere tanto. Y yo los noto un poco con eso: divinos y humanos. Seguro que son pecadores, yo también pero... pero el Señor perdona todo y... ¡Custodien eso! Y después, pocos años después, la consagración al Corazón de María. No olviden: esa consagración es un hito en la historia del pueblo de Ecuador y de esa consagración siento como que

les viene esa gracia que tienen ustedes, esa piedad, esa cosa que los hace distintos.

Hoy tengo que hablarles a los sacerdotes, a los seminaristas, las religiosas, a los religiosos y decirles algo. Tengo un discurso preparado, pero no tengo ganas de leer. Así que se lo doy al Presidente de la Conferencia de Religiosos para que lo haga público después.

Y pensaba en la Virgen, pensaba en María. Dos palabras de María –acá me está fallando la memoria pero no sé si dijo alguna otra, ¿eh?–: «Hágase en mí». Bueno sí, pidió explicaciones de por qué la elegían a ella, al ángel. Pero dice: “Hágase en mí”. Y otra palabra: “Hagan lo que Él les diga”. María no protagonizó nada. *Discipuleó* toda su vida. La primera discípula de su Hijo. Y tenía conciencia de que todo lo que ella había traído era pura gratuidad de Dios. Conciencia de gratuidad. Por eso, “hágase”, “hagan”, que se manifieste la gratuidad de Dios. Religiosas, religiosos, sacerdotes, seminaristas, todos los días vuelvan, hagan ese camino de retorno hacia la gratuidad con que Dios los eligió. Ustedes no pagaron entrada para entrar al seminario, para entrar a la vida religiosa. No se lo merecieron. Si algún religioso, sacerdote o seminarista o monja que hay aquí cree que se lo mereció, que levante la mano. Todo gratuito. Y toda la vida de un religioso, de una religiosa, de un sacerdote y de un seminarista que va por ese camino –y bueno, ya que estamos, digamos: y de los obispos– tiene que ir por este camino de la gratuidad, volver todos los días: “Señor, hoy hice esto, me salió bien esto, tuve esta dificultad, todo esto pero... todo viene de Vos, todo es gratis”. Esa gratuidad. Somos objeto de gratuidad de Dios. Si olvidamos esto, lentamente, nos vamos haciendo importantes. “Y mirá vos, a este... qué obras que está haciendo y...” o “Mirá vos a este lo hicieron obispo de tal... qué importante, a este lo hicieron monseñor, o a este...”. Y ahí lentamente nos vamos apartando de esto que es la base, de lo que María nunca se apartó: la gratuidad de Dios. Un consejo de hermano: todos los días, a la noche quizás es lo mejor, antes de irse a dormir, una mirada a Jesús y decirle: “Todo me lo diste gratis”, y volverse a situar. Entonces cuando me cambian de destino o cuando hay una dificultad, no no pateo, porque todo es gratis, no merezco nada. Eso hizo María.

San Juan Pablo II, en la *Redemptoris Mater*... que les recomiendo que le lean. Sí, agárrenla, léanla. Es verdad, el Papa San Juan Pablo II tenía un estilo de pensamiento circular, profesor, pero era un hombre de Dios; entonces hay que leerla varias veces para sacarle todo el jugo que tiene. Y dice que quizás María –no recuerdo bien la frase; estoy citando, pero quiero citar el hecho– en el momento de la cruz de su fidelidad hubiera tenido ganas de decir: “¡Y éste me dijeron que iba salvar Israel! ¡Me engañaron!”. No lo dijo. Ni se permitió... pensarlo, porque era la mujer que sabía que to-

do lo había recibido gratuitamente. Consejo de hermano y de padre: todas las noches resitúense en la gratuidad. Y digan: “Hágase, gracias porque todo me lo diste Vos”.

Una segunda cosa que les quisiera decir es que cuiden la salud, pero sobre todo cuiden de no caer en una enfermedad, una enfermedad que es media peligrosa para... o del todo peligrosa para los que el Señor nos llamó gratuitamente a seguirlo o a servirlo. No caigan en el *alzheimer espiritual*, no pierdan la memoria, sobre todo la memoria de dónde me sacaron. La escena esa del profeta Samuel cuando es enviado a ungir al rey de Israel: va a Belén, a la casa de un señor que se llama Jesé, que tiene 7 u 8 hijos –no sé–, y Dios le dice que entre esos hijos va estar el rey. Y, claro, los ve y dice: “Debe ser este, porque el mayor era alto, grande, apuesto, parecía valiente... Y Dios le dice: “No, no es ese”. La mirada de Dios es distinta a la de los hombres. Y así los hace pasar a todos los hijos y Dios le dice: “No, no es”. Se encuentra con que no sabe qué hacer el profeta; entonces le pregunta al padre: “Che, ¿no tenés otro?”. Y le dice: “Sí, está el más chico ahí cuidando las cabras o las ovejas”. “Mandálo llamar”, y viene el mocoso, que tendría 17, 18 años –no sé–, y Dios le dice: “Ese es”. Lo sacaron de detrás del rebaño. Y otro profeta cuando Dios le dice que haga ciertas cosas como profeta: “Pero yo quién soy si a mí me sacaron de detrás del rebaño”. No se olviden de dónde los sacaron. No renieguen las raíces.

San Pablo se ve que intuía este peligro de perder la memoria y a su hijo más querido, el obispo Timoteo, a quien él ordenó, le da consejos pastorales, pero hay uno que toca el corazón: “No te olvides de la fe que tenía tu abuela y tu madre”, es decir: “No te olvides de dónde te sacaron, no te olvides de tus raíces, no te sientas *promovido*”. La gratuidad es una gracia que no puede convivir con la promoción y, cuando un sacerdote, un seminarista, un religioso, una religiosa entra *en carrera* –no digo mal, en carrera humana–, empieza a enfermarse de *alzheimer espiritual* y empieza a perder la memoria de dónde me sacaron.

Dos principios para ustedes sacerdotes, consagrados y consagradas: todos los días renueven el sentimiento de que todo es gratis, el sentimiento de gratuidad de la elección de cada uno de ustedes, –ninguno la merecimos–, y pidan la gracia de no perder la memoria, de no sentirse más importante. Es muy triste cuando uno ve a un sacerdote o a un consagrado, una consagrada, que en su casa hablaba el dialecto o hablaba otra lengua, una de esas nobles lenguas antiguas que tienen los pueblos –Ecuador cuántas tiene–, y es muy triste cuando se olvidan de la lengua, es muy triste cuando no la quieren hablar. Eso significa que se olvidaron de dónde los sacaron. No se olviden de eso, pidan esa gracia de la memoria, y esos son los dos principios que quisiera marcar.

Y esos dos principios, si los viven –pero todos los días, es un trabajo de todos los días, todas las noches recordar esos dos principios y pedir la gracia–, esos dos principios, si los viven, les van a dar en la vida, los van a hacer vivir con dos actitudes.

Primero, el servicio. Dios me eligió, me sacó ¿para qué? Para servir. Y el servicio que me es peculiar a mí. No, que tengo mi tiempo, que tengo mis cosas, que tengo esto, que no, que ya cierro el despacho, que esto, que si tendría que ir a bendecir las casas pero... no, estoy cansado o... hoy pasan una telenovela linda por televisión y entonces –para las monjitas–, y entonces: Servicio, servir, servir, y no hacer otra cosa, y servir cuando estamos cansados y servir cuando la gente nos harta.

Me decía un viejo cura, que fue toda su vida profesor en colegios y universidad, enseñaba literatura, letras, un genio... Cuando se jubiló le pidió al provincial que lo mandara a un barrio pobre, a un barrio... de esos barrios que se forman de gente que viene, que emigran buscando trabajo, gente muy sencilla. Y este religioso una vez por semana iba a su comunidad y hablaba; era muy inteligente. Y la comunidad era una comunidad de facultad de teología; hablaba con los otros curas de teología al mismo nivel, pero un día le dice a uno: “Ustedes que son... ¿Quién da el tratado de Iglesia aquí? El profesor levanta la mano: “yo”. “Te faltan dos tesis”. “¿Cuáles?”. “El santo Pueblo fiel de Dios es *esencialmente olímpico*, o sea, hace lo que quiere, y *ontológicamente hartante*”. Y eso tiene mucha sabiduría, porque quien va por el camino del servir tiene que dejarse hartar sin perder la paciencia, porque está al servicio, ningún momento le pertenece, ningún momento le pertenece. Estoy para servir, servir en lo que debo hacer, servir delante del sagrario, pidiendo por mi pueblo, pidiendo por mi trabajo, por la gente que Dios me ha encomendado.

Servicio, mezclálo con lo de gratuidad y entonces... aquello de Jesús: “Lo que recibiste gratis dalo gratis”. Por favor, por favor, no cobren la gracia; por favor, que nuestra pastoral sea gratuita. Y es tan feo cuando uno va perdiendo este sentido de gratuidad y se transforma en... Sí, hace cosas buenas, pero ha perdido eso.

Y lo segundo, la segunda actitud que se ve en un consagrado, una consagrada, un sacerdote que vive esta gratuidad y esta memoria –estos dos principios que dije al principio, gratuidad y memoria– es el gozo y la alegría. Y es un regalo de Jesús, ese, y es un regalo que Él da, que Él nos da si se lo pedimos y si no nos olvidamos de esas dos columnas de nuestra vida sacerdotal o religiosa, que son el sentido de gratuidad, renovado todos los días, y no perder la memoria de dónde nos sacaron.

Yo les deseo esto. Sí, Padre, usted nos habló que quizás la receta de nuestro pueblo era... somos así por lo del Sagrado Corazón. Sí, es verdad eso, pero yo les propongo otra receta que está en la misma línea, en la misma del Corazón de Jesús: sentido de gratuidad. Él se hizo nada, se abajó, se humilló, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Pura gratuidad. Y sentido de la memoria... y hacemos memoria de las maravillas que hizo el Señor en nuestra vida.

Que el Señor les conceda esta gracia a todos, nos la conceda a todos los que estamos aquí, y que siga –iba a decir premiando–, siga bendiciendo a este pueblo ecuatoriano a quienes ustedes tienen que servir y son llamados a servir, lo siga bendiciendo con esa peculiaridad tan especial que yo noté desde el principio al llegar acá. Que Jesús los bendiga y la Virgen los cuide.

* * *

Recemos todos juntos al Padre, que nos dio todo gratuitamente, que nos mantiene la memoria de Jesús con nosotros. [*Padre nuestro...*] Los bendiga Dios Todopoderoso, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Y, por favor, por favor, les pido que recen por mí, porque yo también siento muchas veces la tentación de olvidarme de la gratuidad con la que Dios me eligió y de olvidarme de dónde me sacaron. Pidan por mí.

2. Discurso preparado por el Santo Padre

Traigo a los pies de Nuestra Señora de Quinche lo vivido en estos días de mi visita; quiero dejar en su corazón a los ancianos y enfermos con los que he compartido un momento en la casa de las Hermanas de la Caridad, y también todos los otros encuentros que he tenido con anterioridad. Los dejo en el corazón de María, pero también los deposito en el corazón de ustedes: sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas, para que llamados a trabajar en la viña del Señor, sean custodios de todo lo que este pueblo de Ecuador vive, llora y se alegra.

Doy gracias a Mons. Lazzari, al Padre Mina y a la hermana Sandoval por sus palabras, que me dan pie para compartir con todos ustedes algunas cosas en la común solicitud por el Pueblo de Dios.

En el Evangelio, el Señor nos invita a aceptar la misión sin poner condiciones. Es un mensaje importante que no conviene olvidar, y que en este Santuario dedicado a la Virgen de la Presentación resuena con un acento especial. María es ejemplo de discípula para nosotros que, como ella, hemos recibido una vocación. Su respuesta confiada: «Hágase en mí según tu Palabra», nos recuerda sus palabras en las bodas de Caná:

«Hagan todo lo que él les diga» (*Jn 2,5*). Su ejemplo es una invitación a servir como ella.

En la Presentación de la Virgen podemos encontrar algunas sugerencias para nuestro propio llamado. La Virgen Niña fue un regalo de Dios para sus padres y para todo el pueblo, que esperaba la liberación. Es un hecho que se repite frecuentemente en la Escritura: Dios responde al clamor de su pueblo, enviando un niño, débil, destinado a traer la salvación y, que al mismo tiempo, restaura la esperanza de unos padres ancianos. La palabra de Dios nos dice que en la historia de Israel, los jueces, los profetas, los reyes son un regalo del Señor para hacer llegar su ternura y su misericordia a su pueblo. Son signo de la gratuidad de Dios: es Él quien los ha elegido, escogido y destinado. Esto nos aleja de la autoreferencialidad, nos hace comprender que ya no nos pertenecemos, que nuestra vocación nos pide alejarnos de todo egoísmo, de toda búsqueda de lucro material o compensación afectiva, como nos ha dicho el Evangelio. No somos mercenarios, sino servidores; no hemos venido a ser servidos, sino a servir y lo hacemos en el pleno desprendimiento, sin bastón y sin morral.

Algunas tradiciones sobre la advocación de Nuestra Señora de Quinche nos dice que Diego de Robles confeccionó la imagen por encargo de los indígenas Lumbicí. Diego no lo hacía por piedad, lo hacía por un beneficio económico. Como no pudieron pagarle, la llevó a Oyacachi y la cambió por tablas de cedro. Pero Diego se negó al pedido de ese pueblo para que le hiciera también un altar a la imagen, hasta que, cayéndose del caballo, se encontró en peligro y sintió la protección de la Virgen. Volvió al pueblo e hizo el pie de la imagen. También todos nosotros hemos hecho experiencia de un Dios que nos sale al cruce, que en nuestra realidad de caídos, derribados, nos llama. ¡Que la vanagloria y la mundanidad no nos hagan olvidar de dónde Dios nos ha rescatado!, ¡que María de Quinche nos haga bajar de los lugares de ambiciones, intereses egoístas, cuidados excesivos de nosotros mismos!

La «autoridad» que los apóstoles reciben de Jesús no es para su propio beneficio: nuestros dones son para renovar y edificar la Iglesia. No se nieguen a compartir, no se resistan a dar, no se encierren en la comodidad, sean manantiales que desbordan y refrescan, especialmente a los oprimidos por el pecado, la desilusión, el rencor (cf. *Evangelii gaudium* 272).

El segundo trazo que me evoca la Presentación de la Virgen es la perseverancia. En la sugestiva iconografía mariana de esta fiesta, la Virgen niña se aleja de sus padres subiéndole las escaleras del Templo. María no mira atrás y, en una clara referencia a la admonición evangélica, marcha decidida hacia delante. Nosotros, como los discípulos en el Evangelio, también nos ponemos en camino para llevar a cada pueblo y lugar la buena noticia

de Jesús. Perseverancia en la misión implica no andar cambiando de casa en casa, buscando donde nos traten mejor, donde haya más medios y comodidades. Supone unir nuestra suerte con la de Jesús hasta el final. Algunos relatos de las apariciones de la Virgen de Quinche nos dicen que una “señora con un niño en brazos” visitó varias tardes seguidas a los indígenas de Oyacachi cuando éstos se refugiaban del acoso de los osos. Varias veces fue María al encuentro de sus hijos; ellos no le creían, desconfiaban de esta señora, pero les admiró su perseverancia de volver cada tarde al caer el sol. Perseverar aunque nos rechacen, aunque se haga la noche y crezcan el desconcierto y los peligros. Perseverar en este esfuerzo sabiendo que no estamos solos, que es el Pueblo Santo de Dios que camina.

De algún modo, en la imagen de la Virgen niña subiendo al Templo, podemos ver a la Iglesia que acompaña al discípulo misionero. Junto a ella están sus padres, que le han transmitido la memoria de la fe y ahora generosamente la ofrecen al Señor para que pueda seguir su camino; está su comunidad representada en el «séquito de vírgenes», «sus compañeras», con las lámparas encendidas (cf. *Sal* 44,15) y, en las que los Padres de la Iglesia, ven una profecía de todos los que, imitando a María, buscan con sinceridad ser amigos de Dios, y están los sacerdotes que la esperan para recibirla y que nos recuerdan que en la Iglesia los pastores tienen la responsabilidad de acoger con ternura y ayudar a discernir cada espíritu y cada llamado.

Caminemos juntos, sosteniéndonos unos a otros y pidamos con humildad el don de la perseverancia en su servicio.

Nuestra Señora del Quinche fue ocasión de encuentro, de comunión, para este lugar que desde tiempos del incario se había constituido en un asentamiento multiétnico. ¡Qué lindo es cuando la iglesia persevera en su esfuerzo por ser casa y escuela de comunión, cuando generamos esto que me gusta llamar la cultura del encuentro!

La imagen de la Presentación nos dice que una vez bendecida por los sacerdotes, la Virgen niña se sentó en las gradas del altar y bailó sobre sus pies. Pienso en la alegría que se expresa en las imágenes del banquete de las bodas, de los amigos del novio, de la esposa adornada con sus joyas. Es la alegría de quien ha descubierto un tesoro y lo ha dejado todo por conseguirlo. Encontrar al Señor, vivir en su casa, participar de su intimidad, compromete a anunciar el Reino y llevar la salvación a todos. Atravesar los umbrales del Templo exige convertirnos como María en templos del Señor y ponernos en camino para llevarlo a los hermanos. La Virgen, como primera discípula misionera, después del anuncio del Ángel, partió sin demora a un pueblo de Judá para compartir este inmenso gozo, el mismo que hizo saltar a san Juan Bautista en el seno de su madre. Quien escucha su

voz «salta de gozo» y se convierte a su vez en pregonero de su alegría. La alegría de evangelizar mueve a la Iglesia, la hace salir, como a María.

Si bien son múltiples las razones que se argumentan para el traslado del santuario desde Oyacachi a este lugar, me quedo con una: «aquí es y ha sido más accesible, más fácil para estar cerca de todos». Así lo entendió el Arzobispo de Quito, Fray Luis López de Solís, cuando mandó edificar un Santuario capaz de convocar y acoger a todos. Una iglesia en salida es una iglesia que se acerca, que se allana para no estar distante, que sale de su comodidad y se atreve a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del evangelio (cf. *Evangelii gaudium* 20).

Volveremos ahora a nuestras tareas, interpelados por el Santo Pueblo que nos ha sido confiado. Entre ellas, no olvidemos cuidar, animar y educar la devoción popular que palpamos en este santuario y tan extendida en muchos países latinoamericanos. El pueblo fiel ha sabido expresar la fe con su propio lenguaje, manifestar sus más hondos sentimientos de dolor, duda, gozo, fracaso, agradecimiento con diversas formas de piedad: procesiones, velas, flores, cantos que se convierten en una bella expresión de confianza en el Señor y de amor a su Madre, que es también la nuestra.

En Quinche, la historia de los hombres y la historia de Dios confluyen en la historia de una mujer, María. Y en una casa, nuestra casa, la hermana madre tierra. Las tradiciones de esta advocación evocan a los cedros, los osos, la hendidura en la piedra que fuera aquí la primera casa de la Madre de Dios. Nos hablan en el ayer de pájaros que rodearon el lugar, y en el hoy de flores que engalanan los alrededores. Los orígenes de esta devoción nos llevan a tiempos donde era más sencilla «la serena armonía con la creación... contemplar al Creador que vive entre nosotros y en lo que nos rodea y cuya presencia no hace falta fabricar» (*Laudato si'* 225) y que se nos devela en el mundo creado, en su Hijo amado, en la Eucaristía que permite a los cristianos sentirse miembros vivos de la Iglesia y participar activamente en su misión (cf. *Aparecida*, 264), en Nuestra Señora del Quinche, que acompañó desde aquí los albores del primer anuncio de la fe a los pueblos indígenas. A ella encomendamos nuestra vocación; que ella nos haga regalo para nuestro pueblo, que ella nos dé la perseverancia en la entrega y la alegría de salir a llevar el Evangelio de su hijo Jesús –unidos a nuestros pastores– hasta los confines, hasta las periferias de nuestro querido Ecuador.



III

DISCURSO A LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y SEMINARISTAS DE BOLIVIA

(Colegio Católico Don Bosco, Santa Cruz de la Sierra, 9-7-2015)

Estoy contento con este encuentro con ustedes, para compartir la alegría que llena el corazón y la vida entera de los discípulos misioneros de Jesús. Así lo han manifestado las palabras de saludo de Mons. Roberto Bordi, y los testimonios del Padre Miguel, de la hermana Gabriela, y del seminarista Damián. Muchas gracias por compartir la propia experiencia vocacional.

Y en el relato del Evangelio de Marcos hemos escuchado también la experiencia de otro discípulo, Bartimeo, que se unió al grupo de los seguidores de Jesús. Fue un discípulo de última hora. Era el último viaje, que el Señor hacía de Jericó a Jerusalén adónde iba a ser entregado. Ciego y mendigo, Bartimeo estaba al borde del camino, más exclusión imposible, marginado, y cuando se enteró del paso de Jesús, comenzó a gritar, se hizo sentir, como esa buena hermanita que con la batería se hacía sentir y decía: “!aquí estoy!”. Te felicito, tocas bien.

En torno a Jesús iban los apóstoles, los discípulos, las mujeres que lo seguían habitualmente, con quienes recorrió durante su vida los caminos de Palestina para anunciar el Reino de Dios. Y una gran muchedumbre. Si traducimos esto forzando el lenguaje, en torno a Jesús iban los obispos, los curas, las monjas, los seminaristas, los laicos comprometidos, todos los que lo seguían, escuchando a Jesús, y el pueblo fiel de Dios.

Dos realidades aparecen con fuerza, se nos imponen. Por un lado, el grito, el grito de un mendigo y por otro, las distintas reacciones de los discípulos. Pensemos las distintas reacciones de los obispos, los curas, las monjas, los seminaristas a los gritos que vamos sintiendo o no sintiendo. Parece como que el evangelista nos quisiera mostrar, cuál es el tipo de eco que encuentra el grito de Bartimeo en la vida de la gente y en la vida de los seguidores de Jesús. Cómo reaccionan frente al dolor de aquél que está al borde del camino, que nadie le hace caso, no más le dan una limosna, de aquél que está sentado sobre su dolor, que no entra en ese círculo que está siguiendo al Señor.

Son tres las respuestas frente a los gritos del ciego, y hoy también estas tres respuestas tienen actualidad. Podríamos decirlo con las palabras del propio Evangelio: Pasar, Cállate, Ánimo, levántate.

1. Pasar, pasar de largo y algunos porque ya no escuchan. Estaban con Jesús, miraban a Jesús, querían oír a Jesús, no escuchaban. Pasar es el eco de la indiferencia, de pasar al lado de los problemas y que éstos no nos toquen. No es mi problema. No los escuchamos, no los reconocemos. Sordera, eh. Es la tentación de naturalizar el dolor, de acostumbrarse a la injusticia, y sí, hay gente así: yo estoy acá con Dios, con mi vida consagrada, elegido por Jesús para el ministerio y sí, es natural que haya enfermos, que haya pobres, que haya gente que sufre, entonces ya es tan natural que no me llama la atención un grito, un pedido de auxilio. Acostumbrarse y nos decimos: es normal, siempre ha sido así, ‘mientras a mí no me toque’, pero eso entre paréntesis, ¿no? Es el eco que nace en un corazón blindado, en un corazón cerrado, que ha perdido la capacidad de asombro y por lo tanto, la posibilidad de cambio. ¿Cuántos seguidores de Jesús corremos este peligro de perder nuestra capacidad de asombro, incluso con el Señor? Ese estupor del primer encuentro como que se va degradando, y eso le puede pasar a cualquiera, le pasó al primer Papa: ¿adónde vamos a ir Señor si tú tienes palabras de vida eterna? y después lo traicionan, lo niega, el estupor se le degradó. Es todo un proceso de acostumbramiento. Corazón blindado. Se trata de un corazón, que se ha acostumbrado a pasar sin dejarse tocar; una existencia que, pasando de aquí para allá, no logra enraizarse en la vida de su pueblo, simplemente porque está en esa “elite” que sigue al Señor.

Podríamos llamarlo, la espiritualidad del zapping. Pasa y pasa, pasa y pasa pero nada queda. Son quienes van atrás de la última novedad, del último best seller pero no logran tener contacto, no logran relacionarse, no logran involucrarse incluso con el Señor que están siguiendo porque la sordera avanza ¿eh?.

Ustedes me podrán decir: «Pero esa gente estaba siguiendo al Maestro, estaban atentos a las palabras del Maestro. Lo estaban escuchando a él». Creo que eso es de lo más desafiante de la espiritualidad cristiana. Como el evangelista Juan nos lo recuerda, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve? (1 Jn 4, 20b). Ellos creían que escuchaban al maestro pero también traducían, y las palabras del Maestro pasaban por el alambique de su corazón blindado. Dividir esta unidad –entre escuchar a Dios y escuchar al hermano– es una de las grandes tentaciones que nos acompañan a lo largo de todo el camino de los que seguimos a Jesús. Y tenemos que ser conscientes de esto. De la misma forma que escuchamos a nuestro Padre es como escuchamos al Pueblo fiel de Dios. Si no lo hacemos con los mismos oídos, con la misma capacidad de escuchar, con el mismo corazón, algo se quebró.

Pasar sin escuchar el dolor de nuestra gente, sin enraizarnos en sus vidas, en su tierra, es como escuchar la Palabra de Dios sin dejar que

eche raíces en nuestro interior y sea fecunda. Una planta, una historia sin raíces, es una vida seca.

2. Segunda palabra: Cállate. Es la segunda actitud frente al grito de Bartimeo. Cállate, no molestes, no disturbances, que estamos haciendo oración comunitaria, que estamos en una espiritualidad de profunda elevación, no molestes, no disturbances. A diferencia de la actitud anterior, esta escucha, esta reconoce, toma contacto con el grito del otro. Sabe que está y reacciona de una forma muy simple, reprendiendo. Son los obispos, los curas, los monjes, los Papas del dedo así, ¿eh? En Argentina decimos de las maestras del dedo así, ésta es como la maestra del tiempo de Irigoyen que estudiaban la disciplina muy dura. Y pobre pueblo fiel de Dios, cuántas veces es retado, por el mal humor o por la situación personal de un seguidor o de una seguidora de Jesús. Es la actitud de quienes frente al pueblo de Dios, lo están continuamente reprendiendo, rezongando, mandándolo callar. Dale una caricia, por favor, escúchalo, dile que Jesús lo quiere: “no, eso no se puede hacer, señora, saque al chico de la iglesia que está llorando y yo estoy predicando”. Como si el llanto de un chico no fuera una sublime predicación.

Es el drama de la conciencia aislada, de aquellos discípulos y discípulas que piensan que la vida de Jesús es sólo para los que se creen aptos. En el fondo hay un profundo desprecio al santo pueblo fiel de Dios: “este ciego qué tiene que meterse que se quede ahí”. Parecería lícito que encuentren espacio solamente los «autorizados», una «casta de diferentes» que poco a poco se separa, diferenciándose se diferencia de su pueblo. Han hecho de la identidad una cuestión de superioridad. Esa identidad que es pertenencia se hace superior, ya no son pastores sino capataces: “yo llegué hasta acá, ponte en tu sitio”. Escuchan pero no oyen, ven pero no miran. Me permito un anécdota que viví hace como.. -año 75, en tu diócesis, en tu arquidiócesis- yo le había hecho una promesa al Señor del Milagro de ir todos los años a Salta en peregrinación para El Milagro si mandaba 40 novicios. Mandó 41. Bueno, después de una concelebración -porque ahí es como en todo gran santuario, misa tras misa, confesiones y no paras- yo salía hablando con un cura que me acompañaba, que estaba conmigo, había venido conmigo, y se acerca una señora, ya a la salida, con unos santitos, una señora muy sencilla, no sé, sería de Salta o habrá venido de no sé dónde, que a veces tardan días en llegar a la capital para la fiesta de El Milagro: “Padre, me lo bendice” -le dice al cura que me acompañaba-. Señora usted estuvo en misa: sí padrecito. Bueno, ahí la bendición de Dios, la presencia de Dios bendice todo, todo, las... Si, padrecito, sí padrecito.. Y después la bendición final bendice todo. Si, padrecito, sí padrecito”. En ese momento sale otro cura amigo de éste pero que no se habían visto, entonces: ¡Oh! vos acá - se da vuelta y la señora

que no sé cómo se llamaba, digamos, la señora ‘si padrecito’ me mira y me dice: “Padre, me lo bendice usted”. Los que siempre le ponen barreras al pueblo de Dios, lo separan. Escuchan pero no oyen, le echan un sermón, ven pero no miran. La necesidad de diferenciarse les ha bloqueado el corazón. La necesidad, consiente o inconsciente, de decirse: yo no soy como él, no soy como ellos, los ha apartado no sólo del grito de su gente, ni de su llanto, sino especialmente de los motivos de alegría. Reír con los que ríen, llorar con los que lloran, he ahí, parte del misterio del corazón sacerdotal y del corazón consagrado. A veces hay castas que nosotros con ésta actitud vamos haciendo y nos separamos. En Ecuador, me permití decirle a los curas que por favor –también estaban las monjas– que por favor pidieran todos los días la gracia de la memoria, de no olvidarse, de no olvidarse, de dónde te sacaron, te sacaron de detrás del rebaño, no te olvides nunca, no te la creo, no niegues tus raíces, no niegues esa cultura que aprendiste de tu gente porque ahora tienes una cultura más sofisticada, más importante. Hay sacerdotes que les da vergüenza hablar su lengua originaria y entonces se olvidan de su quechua, de su aymara, de su guaraní: “porque no, no, ahora, hablo en fino”. La gracia de no perder la memoria del pueblo fiel y es una gracia. El Libro del Deuteronomio, cuántas veces Dios le dice a su Pueblo: “no te olvides, no te olvides, no te olvides. Y Pablo a su discípulo predilecto, que él mismo consagró obispo, Timoteo, le dice: “Y acuérdate de tu madre y de tu abuela, ¿eh?”. O sea.

3. La tercera palabra: *Ánimo, levántate*. Y este es el tercer eco. Un eco que no nace directamente del grito de Bartimeo, sino de la reacción de la gente que mira cómo Jesús actuó ante el clamor del ciego mendicante. Es decir, aquellos que no le daban lugar al reclamo de él, no le daban paso o alguno que lo hacía callar. Claro, cuando ve que Jesús reacciona así, cambia. Levántate, te llamo.

Es un grito que se transforma en Palabra, en invitación, en cambio, en propuestas de novedad frente a nuestras formas de reaccionar ante el Santo Pueblo fiel de Dios.

A diferencia de los otros, que pasaban, el Evangelio dice que Jesús se detuvo y preguntó qué pasa, ¿quién toca la batería? Se detiene frente al clamor de una persona. Sale del anonimato de la muchedumbre para identificarlo y de esta forma se compromete con él. Se enraíza en su vida. Y lejos de mandarlo callar, le pregunta: decime ¿Qué puedo hacer por vos? No necesita diferenciarse, no necesita separarse, no le echa un sermón, no lo clasifica y le pregunta si está autorizado o no para hablar. Tan solo le pregunta, lo identifica queriendo ser parte de la vida de ese hombre, queriendo asumir su misma suerte. Así le restituye paulatinamente la dignidad que tenía perdida, al borde del camino y ciego. Lo incluye. Y lejos de verlo

desde fuera, se anima a identificarse con los problemas y así manifestar la fuerza transformadora de la misericordia. No existe una compasión. Una compasión, no una lástima. No existe una compasión que no se detenga. Si no te detienes, no padeces con, no tienes la divina compasión. No existe una compasión que no escuche. No existe una compasión que no se y solidarice con el otro. La compasión no es zapping, no es silenciar el dolor, por el contrario, es la lógica propia del amor, el padecer con. Es la lógica que no se centra en el miedo sino en la libertad que nace de amar y pone el bien del otro por sobre todas las cosas. Es la lógica que nace de no tener miedo de acercarse al dolor de nuestra gente. Aunque muchas veces no sea más que para estar a su lado y hacer de ese momento una oportunidad de oración.

Y esta es la lógica del discipulado, esto es lo que hace el Espíritu Santo con nosotros y en nosotros. De esto somos testigos. Un día Jesús nos vio al borde del camino, sentados sobre nuestros dolores, sobre nuestras miserias, sobre nuestras indiferencias. Cada uno conoce su historia antigua. No acalló nuestros gritos, por el contrario se detuvo, se acercó y nos preguntó qué podía hacer por nosotros. Y gracias a tantos testigos, que nos dijeron: «ánimo, levántate», paulatinamente fuimos tocando ese amor misericordioso, ese amor transformador, que nos permitió ver la luz. No somos testigos de una ideología, no somos testigos de una receta, o de una manera de hacer teología. No somos testigos de eso. Somos testigos del amor sanador y misericordioso de Jesús. Somos testigos de su actuar en la vida de nuestras comunidades.

Y esta es la pedagogía del Maestro, esta es la pedagogía de Dios con su Pueblo. Pasar de la indiferencia del zapping al «ánimo, levántate, el Maestro te llama» (Mc 10,49). No porque seamos especiales, no porque seamos mejores, no porque seamos los funcionarios de Dios, sino tan solo porque somos testigos agradecidos de la misericordia que nos transforma.

Y cuando se vive así, hay gozo y alegría, y podemos adherirnos al testimonio de la hermana, que en su vida hizo suyo el consejo de San Agustín: “canta y camina”. Esa alegría que viene del testigo de la misericordia que transforma. No estamos solos en este camino. Nos ayudamos con el ejemplo y la oración los unos a los otros. Tenemos a nuestro alrededor una nube de testigos (cf. Hb 12,1). Recordemos a la beata Nataria Ignacia de Santa Teresa de Jesús, que dedicó su vida al anuncio del Reino de Dios en la atención a los ancianos, con la «olla del pobre» para quienes no tenían qué comer, abriendo asilos para niños huérfanos, hospitales para heridos de la guerra, e incluso creando un sindicato femenino para la promoción de la mujer. Recordemos también a la venerable Virginia Blanco Tardío, entregada totalmente a la evangelización y al cuidado de las personas pobres

y enfermas. Ellas y tantos otros anónimos, del montón, de los que seguimos a Jesús, son estímulo para nuestro camino. ¡Esa nube de testigos! Vayamos adelante con la ayuda de Dios y colaboración de todos. El Señor se vale de nosotros para que su luz llegue a todos los rincones de la tierra. Y adelante, canta y camina. Y, mientras cantan y caminan, por favor, recen por mí, que lo necesito. Gracias.



IV

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS CON OBISPOS, SACERDOTES, DIÁCONOS, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS, SEMINARISTAS Y MOVIMIENTOS CATÓLICOS

(Catedral Metropolitana de Asunción, 11-7-2015)

Qué lindo es rezar todos juntos las Vísperas. ¿Cómo no soñar con una Iglesia que refleje y repita la armonía de las voces y del canto en la vida cotidiana? Y lo hacemos en esta Catedral, que tantas veces ha tenido que comenzar de nuevo; esta catedral es signo de la Iglesia y de cada uno de nosotros: a veces las tempestades de afuera y de adentro nos obligan a tirar lo construido y empezar de nuevo, pero siempre con la esperanza puesta en Dios Y, si miramos este edificio, sin duda no los ha defraudado a los paraguayos. Porque Dios nunca defrauda Y por eso le alabamos agradecidos.

La oración litúrgica, su estructura y modo pausado, quiere expresar a la Iglesia toda, esposa de Cristo, que intenta configurarse con su Señor. Cada uno de nosotros en nuestra oración queremos ir pareciéndonos más a Jesús.

La oración hace emerger aquello que vamos viviendo o deberíamos vivir en la vida cotidiana, al menos la oración que no quiere ser alienante o solo preciosista. La oración nos da impulso para poner en acción o revisarnos en aquello que rezábamos en los salmos: somos nosotros las manos de Dios «que alza de la basura al pobre» (*Sal* 112,7); y somos nosotros los que trabajamos para que la tristeza de la esterilidad se convierta en la alegría del campo fértil. Nosotros que cantamos que «vale mucho a los ojos del señor la vida de los fieles», somos los que luchamos, peleamos, defendemos la valía de toda vida humana, desde la concepción hasta que los años son

muchos y las fuerzas pocas. La oración es reflejo del amor que sentimos por Dios, por los otros, por el mundo creado; el mandamiento del amor es la mejor configuración con Jesús del discípulo misionero. Estar apegados a Jesús da profundidad a la vocación cristiana, que interesada en el «hacer» de Jesús –que es mucho más que actividades– busca asemejarse a Él en todo lo realizado. La belleza de la comunidad eclesial nace de la adhesión de cada uno de sus miembros a la persona de Jesús, formando un «conjunto vocacional» en la riqueza de la diversidad armónica.

Las antífonas de los cánticos evangélicos de este fin de semana nos recuerdan el envío de Jesús a los doce. Siempre es bueno crecer en esa conciencia de trabajo apostólico en comunión. Es hermoso verlos colaborando pastoralmente, siempre desde la naturaleza y función eclesial de cada una de las vocaciones y carismas. Quiero exhortarlos a todos ustedes, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y seminaristas, obispos, a comprometerse en esta colaboración eclesial, especialmente en torno a los planes de pastoral de las diócesis y la misión continental, cooperando con toda su disponibilidad al bien común. Si la división entre nosotros provoca esterilidad, (cf. *Evangelii gaudium*, 98-101), no cabe duda de que de la comunión y la armonía nacen la fecundidad, porque son profundamente consonantes con el Espíritu Santo.

Todos tenemos limitaciones, ninguno puede reproducir en su totalidad a Jesucristo, y si bien cada vocación se configura principalmente con algunos rasgos de la vida y la obra de Jesús, hay algunos comunes e irrenunciables. Recién hemos alabado al Señor porque «no hizo alarde de su categoría de Dios» (*Flp* 2,6) y esa es una característica de toda vocación cristiana, «no hizo alarde de su categoría de Dios». El llamado por Dios no se pavonea, no anda tras reconocimientos ni aplausos pasatistas, no siente que subió de categoría ni trata a los demás como si estuviera en un peldaño más alto.

La supremacía de Cristo es claramente descrita en la liturgia de la Carta a los Hebreos; nosotros acabamos de leer casi el final de esa carta: «Hacernos perfectos como el gran pastor de las ovejas» (*Hb* 13,20). Y esto supone asumir que todo consagrado se configura con Aquel que en su vida terrena, «entre ruegos y súplicas, con poderoso clamor y lágrimas», alcanzó la perfección cuando aprendió, sufriendo, qué significaba obedecer; y eso también es parte del llamado.

Terminemos de rezar nuestras vísperas; el campanario de esta Catedral fue rehecho varias veces; el sonido de las campanas antecede y acompaña en muchas oportunidades nuestra oración litúrgica: hechos de nuevo por Dios cada vez que rezamos, firmes como un campanario, gozosos de predicar las maravillas de Dios, compartamos el *Magnificat* y lo dejemos al Señor hacer –que Él haga–, a través de nuestra vida consagrada, grandes cosas en el Paraguay.

V

**CARTA DEL SANTO PADRE FRANCISCO
CON LA QUE SE CONCEDE LA INDULGENCIA
CON OCASIÓN DEL JUBILEO EXTRAORDINARIO
DE LA MISERICORDIA**

*Al venerado hermano
Monseñor Rino Fisichella
Presidente del Consejo pontificio
para la promoción de la nueva evangelización*

La cercanía del Jubileo extraordinario de la Misericordia me permite centrar la atención en algunos puntos sobre los que considero importante intervenir para facilitar que la celebración del Año Santo sea un auténtico momento de encuentro con la misericordia de Dios para todos los creyentes. Es mi deseo, en efecto, que el Jubileo sea experiencia viva de la cercanía del Padre, como si se quisiese tocar con la mano su ternura, para que se fortalezca la fe de cada creyente y, así, el testimonio sea cada vez más eficaz.

Mi pensamiento se dirige, en primer lugar, a todos los fieles que en cada diócesis, o como peregrinos en Roma, vivirán la gracia del Jubileo. Deseo que la indulgencia jubilar llegue a cada uno como genuina experiencia de la misericordia de Dios, la cual va al encuentro de todos con el rostro del Padre que acoge y perdona, olvidando completamente el pecado cometido. Para vivir y obtener la indulgencia los fieles están llamados a realizar una breve peregrinación hacia la Puerta Santa, abierta en cada catedral o en las iglesias establecidas por el obispo diocesano y en las cuatro basílicas papales en Roma, como signo del deseo profundo de auténtica conversión. Igualmente dispongo que se pueda ganar la indulgencia en los santuarios donde se abra la Puerta de la Misericordia y en las iglesias que tradicionalmente se identifican como Jubilares. Es importante que este momento esté unido, ante todo, al Sacramento de la Reconciliación y a la celebración de la santa Eucaristía con un reflexión sobre la misericordia. Será necesario acompañar estas celebraciones con la profesión de fe y con la oración por mí y por las intenciones que llevo en el corazón para el bien de la Iglesia y de todo el mundo.

Pienso, además, en quienes por diversos motivos se verán imposibilitados de llegar a la Puerta Santa, en primer lugar los enfermos y las personas ancianas y solas, a menudo en condiciones de no poder salir de casa.

Para ellos será de gran ayuda vivir la enfermedad y el sufrimiento como experiencia de cercanía al Señor que en el misterio de su pasión, muerte y resurrección indica la vía maestra para dar sentido al dolor y a la soledad. Vivir con fe y gozosa esperanza este momento de prueba, recibiendo la comunión o participando en la santa misa y en la oración comunitaria, también a través de los diversos medios de comunicación, será para ellos el modo de obtener la indulgencia jubilar. Mi pensamiento se dirige también a los presos, que experimentan la limitación de su libertad. El Jubileo siempre ha sido la ocasión de una gran amnistía, destinada a hacer partícipes a muchas personas que, incluso mereciendo una pena, sin embargo han tomado conciencia de la injusticia cometida y desean sinceramente integrarse de nuevo en la sociedad dando su contribución honesta. Que a todos ellos llegue realmente la misericordia del Padre que quiere estar cerca de quien más necesita de su perdón. En las capillas de las cárceles podrán ganar la indulgencia, y cada vez que atraviesen la puerta de su celda, dirigiendo su pensamiento y la oración al Padre, pueda este gesto ser para ellos el paso de la Puerta Santa, porque la misericordia de Dios, capaz de convertir los corazones, es también capaz de convertir las rejas en experiencia de libertad.

He pedido que la Iglesia redescubra en este tiempo jubilar la riqueza contenida en las obras de misericordia corporales y espirituales. La experiencia de la misericordia, en efecto, se hace visible en el testimonio de signos concretos como Jesús mismo nos enseñó. Cada vez que un fiel viva personalmente una o más de estas obras obtendrá ciertamente la indulgencia jubilar. De aquí el compromiso a vivir de la misericordia para obtener la gracia del perdón completo y total por el poder del amor del Padre que no excluye a nadie. Será, por lo tanto, una indulgencia jubilar plena, fruto del acontecimiento mismo que se celebra y se vive con fe, esperanza y caridad.

La indulgencia jubilar, por último, se puede ganar también para los difuntos. A ellos estamos unidos por el testimonio de fe y caridad que nos dejaron. De igual modo que los recordamos en la celebración eucarística, también podemos, en el gran misterio de la comunión de los santos, rezar por ellos para que el rostro misericordioso del Padre los libere de todo residuo de culpa y pueda abrazarlos en la bienaventuranza que no tiene fin.

Uno de los graves problemas de nuestro tiempo es, ciertamente, la modificación de la relación con la vida. Una mentalidad muy generalizada que ya ha provocado una pérdida de la debida sensibilidad personal y social hacia la acogida de una nueva vida. Algunos viven el drama del aborto con una consciencia superficial, casi sin darse cuenta del gravísimo mal que comporta un acto de ese tipo. Muchos otros, en cambio, incluso vi-

viendo ese momento como una derrota, consideran no tener otro camino por donde ir. Pienso, de forma especial, en todas las mujeres que han recurrido al aborto. Conozco bien los condicionamientos que las condujeron a esa decisión. Sé que es un drama existencial y moral. He encontrado a muchas mujeres que llevaban en su corazón una cicatriz por esa elección sufrida y dolorosa. Lo sucedido es profundamente injusto; sin embargo, sólo el hecho de comprenderlo en su verdad puede consentir no perder la esperanza. El perdón de Dios no se puede negar a todo el que se haya arrepentido, sobre todo cuando con corazón sincero se acerca al Sacramento de la Confesión para obtener la reconciliación con el Padre. También por este motivo he decidido conceder a todos los sacerdotes para el Año jubilar, no obstante cualquier cuestión contraria, la facultad de absolver del pecado del aborto a quienes lo han practicado y arrepentidos de corazón piden por ello perdón. Los sacerdotes se deben preparar para esta gran tarea sabiendo conjugar palabras de genuina acogida con una reflexión que ayude a comprender el pecado cometido, e indicar un itinerario de conversión verdadera para llegar a acoger el auténtico y generoso perdón del Padre que todo lo renueva con su presencia.

Una última consideración se dirige a los fieles que por diversos motivos frecuentan las iglesias donde celebran los sacerdotes de la Fraternidad de San Pío X. Este Año jubilar de la Misericordia no excluye a nadie. Desde diversos lugares, algunos hermanos obispos me han hablado de su buena fe y práctica sacramental, unida, sin embargo, a la dificultad de vivir una condición pastoralmente difícil. Confío que en el futuro próximo se puedan encontrar soluciones para recuperar la plena comunión con los sacerdotes y los superiores de la Fraternidad. Al mismo tiempo, movido por la exigencia de corresponder al bien de estos fieles, por una disposición mía establezco que quienes durante el Año Santo de la Misericordia se acerquen a los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X para celebrar el Sacramento de la Reconciliación, recibirán válida y lícitamente la absolución de sus pecados.

Confianto en la intercesión de la Madre de la Misericordia, encomiendo a su protección la preparación de este Jubileo extraordinario.

Vaticano, 1 de septiembre de 2015.

Francisco

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Homilías

Solemnidad de la Asunción	559
Fiesta de San Bernardo	562

Mensajes

Las vacaciones, tiempo de descanso y de gracia ...	564
El hospital más cercano y la primera escuela	566
Tierra, techo y trabajo	567
Los niños, los grandes damnificados	569
Comienza la novena de nuestra Patrona	571
El pueblo cristiano y sus iglesias	572
Ayuda a la Iglesia necesitada	574
Jornada de oración por la creación	576
Bautismo de niños y de adultos en nuestra diócesis .	577

Otras intervenciones

Saludo a los congresistas de la 68 Semana de Misionología	580
---	-----

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de julio	582
Agenda del mes de agosto	583

CURIA
DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos	584
En la paz del Señor: <i>D. José Valdivielso Arce, D. Román Ontoso Martínez y D. Pedro Muga Perea</i> .	585

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

Noticias de interés

Inauguración del nuevo Centro Parroquial de San Pedro y San Felices	588
---	-----

Conferencia Episcopal

Dirección en Internet: www.conferenciaepiscopal.es .	590
Mons. Salvador Giménez Vals ha sido nombrado Obispo de Lleida	590
El año de la Vida Consagrada se celebrará en España con un encuentro en Madrid los días 3 y 4 de octubre	592

Santo Padre

Dirección Internet: w2.vatican.va	594
Discurso a la Academia eclesiástica pontificia	594
Discurso al clero, religiosos y seminaristas de Ecuador	597
Discurso a los sacerdotes, religiosos y seminaristas de Bolivia	605
Homilía en la celebración de las Vísperas con Obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, seminaristas y movimientos católicos	610
Carta del Santo Padre Francisco con la que se concede la indulgencia con ocasión del jubileo extraordinario de la misericordia	612

